Emilio Mario (hijo)

«LA CICLON»

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

MADRID
SOCIEDAD DE AUTORES ESPAÑOLES
Salón del Prado, 14, hotel

1903

Al primer actor y director
D. José Jordán
Emilio Arario
(hijo)

Febrero 23/903.

«LA CICLÓN»

Esta obra es propiedad de su autor, y nadie podrá, sin su permiso, reimprimirla ni representarla en España ni en los países con los cuales se hayan celebrado ó se celebren en adelante tratados internacionales de propiedad literaria.

El autor se reserva el derecho de traducción.

Los comisionados y representantes de la *Sociedad de Autores Españoles* son los encargados exclusivamente de conceder ó negar el permiso de representación y del cobro de los derechos de propiedad.

Queda hecho el depósito que marca la ley.

Emilio Mario (hijo) [5]

«LA CICLON»

JUGUETE CÓMICO

EN TRES ACTOS Y EN PROSA

TEATRO DE LA ALHAMBRA, 24 de Diciembre de 1902

ARCHIVO CÓMICO-DRAMÁTICO
DE
JOSÉ JORDÁN MURILLO

MADRID
R. VELASCO, IMP., MARQUÉS DE SANTA ANA, 11 DUP.°
Teléfono número 551

1903

A los artistas intérpretes de la obra, á quienes corresponde la mayor parte del éxito que ha logrado.

Así se complace en manifestarlo públicamente

El Autor

REPARTO

PERSONAJES		ACTORES
HERMINIA.....	Sra. D.ª	Josefa Nestosa.
DOÑA PAZ.....	»	Sofía Alverá.
PEPA.....	Srta.	Mercedes Sampedro.
PILAR.....	Sra D.ª	Consuelo Badillo.
ASUNCIÓN.....	»	Eloisa Bagá.
UNA DONCELLA.....	Srta.	Josefina Toscano.
ALBERTO.....	Sr. D.	Francisco G.ª Ortega.
AGAPITO.....	»	Rogelio Juárez.
DON ANSELMO.....	»	Carlos Alonso.
PROTASIO.....	»	Justo Norro.
UN CABALLERO.....	»	Juan Aguado.
UN MOZO DE CAFÉ	»	José Farnós.

La acción en Madrid.—Epoca actual

Derecha é izquierda, las del actor

ARCHIVO CÓMICO-DRAMÁTICO
DE
JOSÉ JORDÁN PIRILLO

ACTO PRIMERO

DECORACIÓN

A=Mesita con dibujos, papeles, libros, cigarros y recado de escribir. —B=Puerta con mampara.— C=Estufa encendida.— D=Mesa.— E=Ventanal con cortinón medio corrido.—F=Puertas.—G=Caballete.—H=Biombo.—I= *Chaisse-longue.*

Estudio de pintor; detrás del biombo, convenientemente colocada para que no la vea el público, y que sin embargo aparezca ser visible para el artista, está la modelo. Cuadros, armas y accesorios de todo género correspondientes á un estudio lujoso y bien decorado. Sobre el biombo y algún otro mueble, paños y tapices en artístico desorden. Estufa encendida (se imita colocando dentro una lámpara eléctrica encarnada). En la pared, á la derecha, timbre eléctrico.

ESCENA PRIMERA

ALBERTO y PEPITA. Alberto aparece pintando en el cuadro que está en el caballete, el cual representa una mujer desnuda. Pepita, detrás del biombo, figura estar en posición de ser copiada. Por encima del biombo se le ve parte de la cabeza y un brazo desnudo. Pequeña pausa, durante la cual Alberto trabaja

ALB Continúa tu historia, pero sin moverte.

PEP. Nos sacaron del baile para cenar en el café Inglés.

ALB. ¡Noche completa!...

PEP. Sí; porque el timo fué redondo. Ellos en el landó de Julio y nosotras, siguiéndoles en tres simones, arrancamos.

ALB. Parecería un entierro modesto. ¡Ese brazo!...

PEP. Al llegar, el coche de la presidencia había desaparecido; subimos, nos metieron en un gabinete, y decidimos esparar sentadas en compañía de varias botellas de amontillado; dieron las cuatro, las cinco, ¡viudas!,.. no parecían los invitados, hasta que á las seis, el camarero, con la mar de política... nos puso á las seis de patitas en la calle.

ALB. ¿Y los simones corriendo?...

PEP. Naturalmente, aunque estaban parados. ¡A mi casa todas! Abrimos sesión permanente; se hizo la lista de prendas en buen uso que podían ir al quita manchas, pero no daba de sí. Yo tuve un arranque de pronto, me acordé de ustez, tomé el camino... y colorín colorao... Ya sabe ustez por qué vine tan de mañana á pedirle siete duros.

ALB. ¡Ese bracito! ¿De modo que tú?...

PEP. He mandao á tomar baños las pesetas de unas cuantas horas de hacer posturitas en este traje... ¿Qué le parece á ustez el bromazo?

ALB. Aunque de Carnaval, un poco fuerte.

PEP. ¿No los gastaba ustez así cuando era soltero?

ALB No; y ya sabes que me he divertido como el que más, pero con la alegría franca del

trabajador honrado, sin llegar á esas finuras de los señoritos de taberna.

PEP. ¡Ahí le duele!..

ALB ¿Estás cansada?

PÉP. Ya ve ustez, con la noche que he pasado... pero, no importa, aguantaré.

ALB. Descansa. (Se oye el ruido que hace la modelo al bajar del tablado y aparece á los ojos del público, calzando chinelas y envuelta en un amplio ropón que figura cubrirle directamente las carnes. Se acerca á la estufa, que aviva, calentándose. Mientras tanto, Alberto sigue dando pinceladas en el cuadro, silbando al mismo tiempo.)

PEP. ¡Para todo ha tenido ustez pupila; cuadros que se venden como pan, matrimonio de primera, con mujer joven, rica y guapa; por eso le envidian á ustez tantos!

ALB. ¿De veras?

PEP. Y como remate, teniendo que aguantar suegra, la dejó ustez muda.

ALB ¿Yo?...

PEP. Es un decir...

ALB. Es decir un desatino ..

PEP. Pero, ella, ¿no ha hablado nunca?

ALB. Más que una cotorra.

PEP. Entonces...

ALB. Me gusta la consecuencia. (Alberto deja los pinceles y la paleta, enciende una pipa y sentándose al otro lado de la estufa, fuma.) Mira; cuando yo conocí á mi mujer estaba pasando una temporada con sus tíos. Las condiciones físicas y morales que la adornan hicieron que me enamorase de ella perdidamente.

PEP. El mejor escribano echa un borrón.

ALB. Yo también le caí en gracia; al poco tiempo de tratarnos éramos novios y al poco tiempo de ser novios estábamos ..

PEP. Como Daoiz y Velarde. (Marcando la acción de abrazarse.)

ALB ¡Qué cosas tienes! Estábamos verdaderamente apasionados. La intimidad con aquella familia me hizo saber que mi novia era hija única, huéfana de padre, y que su madre, señora muy encopetada y de carácter enérgi-

co y autoritario, mandaba como rey absoluto en toda la parentela. Adorando á su hija aseguraba que nunca se separaría de ella y que el hombre que la tomase por esposa había de aceptar previamente las condiciones de vivir con las dos y acatar por completo su omnímoda voluntad.

PEP. ¡Pues, hombre, ni Carlos Chapa!

ALB. Por mi parte, tenía el firme propósito de no padecer suegra; y me hallaba decidido á romper tales relaciones, cuando una circustancia imprevista lo cambió todo.

PEP. Vamos, que le había llegado á usté su San Martín.

ALB. Podías haber escogido otro santo. Por efecto de un disgusto, mi futura mamá política, cayó gravemente enferma, no tuvo á bien morirse; pero contra su costumbre, fué en aquella ocasión razonable, y para bien de todos se quedó muda. ¡Una suegra muda! ¡Era el colmo de la felicidad! Porque, no pudiendo prescindir de semejante animal casero, origen y principio de todas las desdichas conyugales, el que no hablara, sólo podía proporcionarme satisfacciones.

PEP. ¿Satisfaciones? ¡Lo que es eso!...

ALB. Claro está, y la cuenta me ha salido exacta; vivimos en perfecta paz y armonía; porque yo le digo cuanto se me antoja, desesperándola á veces, sin temor á que me agobie con sus quejas, me aburra con sus censuras, ni me descomponga con sus gritos. (Pepa ríe.) Y de este modo, además de marido y yerno feliz, soy el brazo vengador de tantos desgraciados que sufren el horrible cautiverio de sus respectivas suegras.

PEP. Nada, que tiene ustez más suerte que un ahorcao. (Se oye llamar con los nudillos en la puerta de la mampara lateral derecha. Pepa se oculta rápidamente detrás del biombo.) ¡Llaman!...

ALB. Adelante.

ESCENA II

DICHOS y DON ANSELMO

D. ANS. ¡Muy buenos días!...

ALB ¡Felices, mi querido amigo, doctor y casero! (Se dan la mano.)

D. ANS. ¿Se trabaja?...

ALB. (Volviendo á coger paleta y pinceles.) Se enreda...

D. ANS. ¡Canario! (Fijándose en el cuadro.) Esto merece los cuatro ojos. (Saca las gafas que limpia cuidadosamente y se las coloca.) ¡Es un enredo monumental! ¿Lo copia usted *d'apres nature*?

ALB. De modelo, sí, señor, y como usted es de confianza, continúo.

D. ANS. No faltaba más, ya lo creo. (Fijándose en el cuadro y aparte.) ¡Soberbia mujer!

ALB. ¿Un cigarrillo?... (Cogiendo de la mesa y ofreciendo al Doctor)

D. ANS. Gracias. (Toma uno y le enciende.)

ALB. Pepita, no es esa la postura. (Dirigiendose al biombo detrás del cual desaparece ua momento,)

D. ANS. ¡Hola! ¡Hola! ¡que está ahí Pepita! ¡Pepita! ¡Pepita! (Dirigiéndose rápidamente al biombo.)

ALB. (Saliendo y tropezando con don Anselmo.) ¡Ay! Dispense usted doctor, ¿le he hecho á usted daño?

D ANS. No; no ha sido nada.

ALB. (Volviendo á colocarse delante del caballete. Á Pepa.) Así estás bien. ¿Qué? ¿Hay muchos enfermos?

D. ANS. Por desgracia, no.

ALB. Por desgracia para los médicos.

D. ANS. Es claro.

ALB. Esa racha de salud preocupará seguramente á otros, pero á usted no me parece ha de quitarle el sueño.

D. ANS. ¿Por qué razón?

ALB. Porque es usted rico.

D. ANS. ¡Bah! ¡Habladurías!...

ALB. Sí... sí... dueño de varias casas á cual mejor,

puede decirse que ejerce usted la medicina por entretenimiento.

D. ANS. ¡Todo es poco en este Madrid, amigo Morales!

ALB. No llore usted, doctor, que no le voy á pedir nada. Y vamos á ver ¿á que debo la honra de tenerle en mi estudio?

D. ANS. Me ha dicho el Administrador que quiere usted algunas reformas.

ALB. Verdad.

D. ANS. Y como se trata de un buen amigo á quien deseo servir, de paso, al hacer la visita he venido á enterarme sobre el terreno.

ALB. Tanta molestia... Es poca cosa, ensanchar una ventana..

D. ANS. ¿Quizá esta? (Colocándose delante de Alberto y procurando ver á la modelo.)

ALB. No, esa no; Y si tuviera usted la bondad de colocarse á este otro lado, porque no veo...

D. ANS. Yo sí.

ALB. ¿Eh?

D. ANS. Que sí, que con mucho gnsto.

ALB. Pues como decía á usted, además de la ventana, la puerta de la escalera interior está inservible, y de esas dos alcobas, (Señalando á la izquierda.) quisiera hacer un solo cuarto para los modelos... Eso sobre todo.

D. ANS. Supongo que no habrá inconveniente; estos deben ser tabiques sencillos... (Al mismo tiempo que golpea con los nudillos el tabique, procura mirar á la modelo por la rendija del biombo.)

ALB. ¡Don Anselmo! ¡Don Anselmo! se equivoca usted; el tabique no es ese...

D. ANS. ¡Ah! Vamos el interior... el...

ALB Justo.

D. ANS. Bueno; pues daré órden para que vengan los albañiles. (Se sienta en el extremo de la «chaisse longue» y después de observar á Alberto y suponiendo que este no le ve trata de nuevo de mirar por la rendija más próxima del biombo.)

ALB. Es usted un casero excepcional.

D. ANS. (Figurando que no ve bien por la rendija deja caer marcadamente la caja de fósforos, se agacha á recogerla y, mientras con una mano parece buscarla, mira

con mucho afán por la rendija) ¡Todo se lo merece el inquilino!

ALB. (Al oir la contestación de don Anselmo, mira hacia donde está éste y meneando la cabeza como con impaciencia y disgusto, se acerca, recoge la caja de cerillas, y colocándose en cuclillas delante del Doctor se la entrega, quedando ambos mirándose un momento.) Aquí está.

D. ANS. (Azorado.) ¡Un millón de gracias!

ALB. (Levantándose y con sorna.) Pepita puedes, vestirte.

D. ANS. (Aparte.) ¡Qué lástima!

ALB. Y, vamos á ver, querido doctor, ¿antes de subir al estudio, ha entrado usted en mi casa?

D. ANS. No; pensaba hacerlo ahora.

ALB. Mucho se lo agradeceré, porque desde hace unos días el estado de Pilar me tiene inquieto.

D. ANS. Haberme avisado. ¿Qué ocurre?

ALB. Nada grave. Come poco, digiere mal...

D. ANS. ¿Sueño intranquilo?...

ALB. Sí; y vahidos frecuentes .. Todo esto me alarma, me preocupa... ¿Qué será, doctor?

D. ANS. (Después de una pequeña pausa.) Puede ser chico... ó chica.

ALB. (Con alegría.) ¿Qué dice usted?

D. ANS. Ni más ni menos. Todos los doctores están conformes en afirmar que cuando se notan tales síntomas en una joven recien casada, son consecuencia legítima del matrimonio.

ALB. ¿De modo que usted opina?

D. ANS. Pensando lógicamente...

ALB. ¡¡Qué felicidad!!

D. ANS. Sí que lo es; pero calma. Recuerdo un detalle análogo de mi vida que me tuvo entusiasmado durante algunas horas. Mal sabor de boca, vahidos, inapetencia... las de la ley, resultando luego que mi costilla se había obsequiado con un atracón de castañas pilongas, y me la dió.

ALB. ¡Qué contrariedad!

D. ANS. ¡Mayúscula! Desde entonces, para decir melón, necesito tener la tajada en la mano.

ALB ¡Ay! doctor, que no nos equivoquemos ahora.

D. ANS. Solo el Papa es infalible, y en estas cuestiones, que yo sepa, no admite consultas.

PEP. (Saliendo por el segundo término lateral izquierda, terminando de abrocharse el cuerpo.) ¿Vengo mañana?

D. ANS. ¡Olé por las mujeres insidiosas!

PEP. ¡Josús!

ALB. (Sonriendo.) Mañana no... y el jueves... Mejor es que te avise.

PEP. Le advierto á ustez que he cambiao de hotel, Cabestreros, treinta, tién ustés á su disposición una guardilla pa andar á gatas.

ALB. Voy á apuntarlo. (Se acerca á la mesa que está á la derecha y parece buscar en ella.)

D. ANS. (Bajo á Pepita.) A gatas y de coronilla andaría yo por estar cerca de ese cuerpecito que atrae... y sugestiona, y...

PEP. ¡Caramba ni don Tancredo! (Mira fijamente á don Anselmo) ¡Es un vejete mu limpio!

ALB. (Que continúa buscando.) ¿Dónde me habrán puesto el libro de apuntaciones? (Se dirige á la otra mesa que habrá en el foro debajo del ventanal y no encontrando el libro, se va por detrás del biombo segunda puerta izquierda.)

D. ANS. (Aparte mirando á Pepita.) ¡Es una perla sin engarzar! (Alto.) Oiga usted, monísima, yo... soy médico...

PEP. (Con sorna) ¿De veras?... Por muchos años, á mí, ahora no me duele ná.

D. ANS. Me alegro; pero pudiera dolerle á usted, y en ese caso, tendría mucho gusto...

PEP. Se estima.

D. ANS. Si no me deja usted concluir. Tendría mucho gusto en que necesitara usted mis servicios para...

PEP. ¿Mandarme al otro barrio?

D. ANS. No; para asegurarle á usted la existencia.

PEP. ¿Es ustez de la Equitativa?

D. ANS. Soy un admirador de la belleza en todas sus manifestaciones..., de las formas torneadas y de...

PEP. De formas no estoy mal, ya ve ustez pa lo que sirvo y me paece que puén mirarse.

D. ANS. ¡Al microscopio!

PEP. ¿Con qué se come eso?

D. ANS. ¡Zaragatera!... ¿Se atrevería usted, á que habláramos cuatro palabritas fuera de aquí?

PEP. ¿Por qué no?... Hablando se entiende la gente.

D. ANS. ¿Va usted á su casa?

PEP. Puede.

D. ANS. ¿Quiere usted que la lleve en coche?

PEP. ¡Cuidao con los coches, que tién ruedas!

ALB. (Saliendo con un cuaderno en la mano.) ¿Cabestreros, treinta, has dicho?

PEP. Sí, señor.

ALB. (Escribiendo.) Ya no se olvida.

PEP. (Marchándose.) Pues que ustés lo pasen bien.

ALB. Anda con Dios.

D. ANS. (Siguiendo á Pepita hasta la primera puerta lateral izquierda.) ¡Vaya usted con Dios, pedazo de gloria!... ¡Estrella polar!... ¡Pajarita de las nieves! (Pepita se detiene un momento, le mira intencionadamente, se ríe y vase.)

ESCENA III

ALBERTO y DON ANSELMO

ALB. ¡Don Anselmo! ¡Don Anselmo! ¡Esos estribos!...

D. ANS. No hay cuidado... función de pólvora... (Aparte, como recordando.) ¡Cabestreros, treinta, guardilla!... (Alto.) ¡Vaya, voy á visitar á las señoras!...

ALB Examine usted detenidamente á mi mujer.

D. ANS. Bueno; pero no es ella la que me preocupa, sino doña Paz.

ALB. ¿Mi suegra?

D. ANS. Es un caso de estudio, sobre el que estoy trabajando detenidamente.

ALB. (Aparte. Alarmado.) ¿Eh?...

D. ANS. Si yo pudiera lograr esa cura, si yo consiguiera devolverle la palabra, mi reputación se consolidaría.

ALB. (Aparte.) ¡¡Caracoles!!... (Alto.) Fama tiene us-

ted bastante para no emprender aventuras de esa especie, un fracaso...

D. ANS. ¿Y por qué no el éxito? Los hombres de ciencia tenemos la obligación de intentarlo todo. *Audaces fortuna juvat.*

ALB. Déjese usted de audacias...

D. ANS. No tal; que permite combatir con fe vivísima á esa clase de dolencias, el innegable adelanto de los modernos procedimientos curativos... Destaca entre todos, como faro potente, la sugestión, mediante la que el cerebro del hipnotizado es para el hipnotizador, cual materia dúctil y maleable que puede trabajar á su capricho. ¿Y la hidroterapia? ¿y la electroterapia? La última realiza verdaderos prodigios, fuerza maravillosa que, aplicada en nuestro caso gradualmente, hasta producir una conmoción intensa...

ALB. ¡Brutal!...

D. ANS. Usted lo ha dicho.

ALB. Eso no me desagrada, frecuentes viajes en tranvía, el desprendimiento de una red de cables sobre la enferma...

D. ANS. No lo tome usted á broma; tengo ya mis planes, y como la interesada se preste...

ALB. Pero, señor, qué empeño en curar á quien no lo necesita...

D. ANS. ¡Cómo!...

ALB. Es decir, á quien...

ESCENA IV

DICHOS: PILAR y DOÑA PAZ

PILAR (Entrando por lateral derecha.) ¡Tán, tán, tán! (Imitando el toque de una campana.) ¡La hora! ¡se acabó el trabajo por hoy! ¡Ah! Que tienes aquí á don Anselmo...

D. ANS. (Dándoles la mano.) ¡Pilarcita! Doña Paz...

PILAR ¿Y su señora?...

D. ANS. Perfectamente. (Dirigiéndose á Pilar.) Usted sé que anda malucha. Ya hablaremos. (A doña Paz.) ¿Y usted? (Doña Paz hace con la mano la in-

dicación de contestar «así, así», y después, llevándose el índice á los labios, expresa que no recobra el uso de la palabra.)

ALB. Hay que tener paciencia, mamita. (Doña Paz lanza un gruñido y hace un movimiento de desesperación. Aparte.) ¡Si pudiera!...

D. ANS. Tranquilidad, confianza; casi me atrevo á prometer á usted que muy en breve hablará por los codos. (Doña Paz expresa gran satisfacción.)

ALB. (Aparte y contrariado.) ¡Majadero!...

PILAR (Con alegría.) ¿De veras?...

D. ANS. De eso tratábamos al entrar ustedes; pero, este hombre que duda de todo, se opone por sistema á que ponga en práctica mi procedimiento.

ALB. Porque no quiero exponer la salud de mi querida mamá (Doña Paz sonríe sarcásticamente.) á ensayos atrevidos, y desde luego, peligrosos.

PILAR Cuando don Anselmo afirma...

D. ANS. ¡Alto! Yo no afirmo categóricamente... espero que...

ALB. ¿Lo ven ustedes? Suposiciones no más, y, como hijo amante y cariñoso, ya que he tenido la fortuna de encontrar en la madre de mi mujer más que una madre política, he de ser también para ella más que un hijo político, no por política, sino porque la quiero, y la venero, y la considero... (Doña Paz lanza un expresivo gruñido de duda. Volviéndose con extrañeza.) ¿Cómo, embustero?

PILAR No, hombre; si es que te da las gracias.

ALB. ¡Ah!... no hay de qué. (A doña Paz.) Bueno, pues por todo lo dicho, no acepto la responsabilidad de dar mi consentimiento para tales experiencias.

D. ANS. Pero no probando de algún modo, será imposible conseguir... (A doña Paz.) Vamos á ver, ¿usted quiere hablar? (Doña Paz hace signos muy expresivos afirmando.) ¿Tiene usted confianza en este humilde siervo de la ciencia? (Doña Paz repite los movimientos anteriores. A doña Paz.) Entonces, entendámonos nosotros. Esta señora, ya no es doña Paz; ya no es su mamá de us-

ted; ya no es su suegra de usted; es un caso que cae bajo mi jurisdicción por su propio consentimiento.

ALB. (Aparte.) ¡Maldita sea tu estampa! (Alto.) Está bien; me lavo las manos. (Se separa de ellos como enojado dirigiéndose hacia la izquierda. Pilar le sigue. Don Anselmo y doña Paz se sientan á la derecha, manteniendo un vivo diálogo, ella por signos y él en voz baja, durante la conversación de Alberto y Pilar. El Doctor la pulsa y parece examinarla con detención y ella le contesta unas veces afirmativa y otras negativamente.)

PILAR ¡No te incomodes!

ALB. (En tono despreciativo.) ¡A mí!...

PILAR Me alarma tu constante oposición. ¿En qué se funda?

ALB. Este hombre me parece un charlatán.

PILAR Es que todos los que hemos consultado hasta ahora te han parecido lo mismo.

ALB. Naturalmente.

PILAR Sin embargo, no podemos continuar así; hay que tomar una determinación.

ALB. Yo tengo mi plan, y me inspira más confianza que todo el protomedicato.

PILAR ¿Cuál es?

ALB La boda de tu madre con Agapito.

PILAR Ya; pero eso...

ALB. Agapito, aunque con menos años que tu madre, ya ha pasado de la juventud.

PILAR Que fué muy borrascosa, según mis noticias.

ALB. Por esa misma razón, lógicamente pensando, debe hacer un buen marido; si no cuenta con fortuna, tiene su porvenir resuelto como escultor de envidiable fama, y sobre todo, profesa á doña Paz, así me consta, afecto sincero. Tu madre se encuentra de lleno en los esplendores de su segunda juventud, está verdaderamente enamorada de Agapito y lleva doce años de viuda. La unión de tales elementos es conveniente y provechosa, el matrimonio ha de producir en ella una transformación importantísima; no te quepa duda, y como resultante, quizá hablará más de lo conveniente.

PILAR Acaso tengas razón.

ALB. Este es mi plan, y por eso me opongo á ponerla en manos de nadie.

D. ANS. (Levantándose.) Terminada la consulta; ya verá usted como anonadamos á ese incrédulo... y después á casarse. (Doña Paz manifiesta viva satisfacción.)

ALB. ¿No sería mejor empezar por ahí?

D. ANS. ¿Y cómo va á decirle á su marido cositas?

PILAR ¡Vaya una ocurrencia!

ALB. El matrimonio es panacea...

D. ANS. Revulsivo poderoso; pero yo no le receto más que en los casos desesperados, que es cuando el cura se impone. (Saca el reloj y lo mira.) ¡Uf! Agradablemente entretenido se me ha ido el santo al cielo. (Dando la mano á las señoras.) Iré á ver á ustedes más despacio. (Dando la mano á Alberto.) Vendrán los albañiles. Que ustedes lo pasen bion.

PILAR Adiós, don Anselmo. (Doña Paz le detiene sujetándole como para decirle algo.)

D. ANS. (Desasiéndose.) Que tengo que hacer una operación... (Aparte, como recordando.) ¡Cabestreros, treinta, guardilla!... (Vase por la derecha.)

ESCENA V

PILAR, DOÑA PAZ y ALBERTO

PILAR Es necesario que nos acompañes á hacer varias visitas.

ALB. Hoy no puedo, Pilar.

PILAR No puedes nunca y estamos en falta con una porción de gente. (Doña Paz asiente.) Hay que cumplir y mamá ha decidido que vayamos hoy cuando menos á casa de los de López, de los de Gutiérrez, de los de Panduro, de doña Prisca, á ver á mi padrino, y á la viuda de Peralta.

ALB. ¿Nada más?

PILAR Hemos hecho el itinerario de las calles más próximas para terminar en...

ALB. Sí, en la Casa de Socorro y que nos traigan en camillas. (Doña Paz hace manifestaciones violentas de desagrado.) Pues si mamá ha decidido todo eso, yo decido que vayais solas; no puedo moverme de aquí, he de terminar aquel dibujo y además aguardo á varios amigos á quienes he dado cita.

PILAR (Dirigiéndose á doña Paz.) ¡Ya ves! (Doña Paz hace ademán de enérgica contrariedad. A Alberto.) Mamá se incomoda y no le falta razón; decía antes que no ibas á acompañarnos, porque te desagrada ir con nosotras. (Doña Paz hace un movimiento como diciendo; ¡Eso!)

ALB. Eso es una barbaridad. (Doña Paz se indigna.)

PILAR (En tono de reconvención.) ¡Alberto!

ALB. O sandez ó estupidez, que de tres maneras lo sé decir. (Doña Paz manifiesta gran excitación.) ¿En qué cabeza cabe que mi mayor placer no sea el de estar siempre al lado de mi mujercita? (Acariciando la mano á Pilar.) ¿Tienes algún motivo para dudarlo?

PILAR No.

ALB. Pero la obligación es antes que la devoción.

PILAR Bueno, ¿y qué necesidad hay de trabajo tan excesivo? Afortunadamente no te hace falta.

ALB. Es mucha verdad; pero esa misma razón me sirve de acicate; óiganlo ustedes, me casé contigo, no porque fueses rica, y para el que pueda pensar lo contrario debo acrecentar mi reputación, conquistarme un nombre exclarecido, si es posible eminente, todo por tí y para tí.

PILAR (A doña Paz.) ¡Es muy bueno! ¿Todavía dudarás de él?... (Doña Paz afirma resueltamente.)

ALB. (A doña Paz.) Me parece que no pienso ningún disparate, y usted en el fondo está conforme, aunque por llevarme la contraria no dé su brazo á torcer.

PILAR ¡Si no dice nada!

ALB. ¡Como pudiera decirlo!...

PILAR La juzgas siempre con dureza. Te quiere...

ALB. Con cariño de suegra á yerno, lobo y cordero, mecha y pólvora.

PILAR ¡Hombre, por Dios!... Sus observaciones á

veces son muy atinadas, porque tú también te preocupas demasiado del mundo.

ALB. En él tenemos que vivir, y mientras no cambie...

PILAR Ea, se acabaron las filosofías; todo cuanto dices y piensas lo encuentra razonable y hasta le encanta á tu Pilar... pero... (Con coquetería y mimo.) entre tanto gime y se desespera lejos de su marido, que es su vida... ¡Anda, acompáñanos hoy!...

ALB. Más fácil es que hable el gas, según dicen los chulos, que una mujer ceda. Veremos... si mis amigos son puntuales... dejaré lo demás...

PILAR ¡Qué amigos! Si vienen mientras nosotras nos arreglamos, bien, y si no, que vuelvan.

ALB. Eso es, hágase tu voluntad así en la tierra como en el cielo.

PILAR (Cogiendo á doña Paz.) ¡Vamos!

ALB ¡Ah! ¿Y Agapito?

PILAR ¿Qué?

ALB. Que vendrá como de costumbre y si no encuentra á nadie... (Fijándose en la cara de doña Paz que demuestra viva satisfacción) Mira, ya cambia el viento. (Doña Paz cambia rápidamente de expresión y lanza un gruñido acompañado de un ademán negativo.) ¿No?... (Doña Paz se acerca á él y trata de levantarle la blusa para sacarle el reloj.) ¡Eh!... ¿Qué va usted á hacer? ¡Ah! ¡El reloj! .. (Lo saca y se lo presenta á doña Paz; ésta le señala la hora.) ¡Que ya debía estar aquí! ¿Cierto? Es la hora. Así, militarmente. (Doña Paz afirma enérgicamente, llevándose á Pilar.)

PILAR (A Alberto.) Que no te vuelvas atrás; nos acompañas. (Doña Paz afirma)

ALB Ordeno y mando... ¡Já! ¡já! ¡já!... (A doña Paz.) ¡Iré si me acomoda! .. (Doña Paz hace un movimiento como para lanzarse sobre él.) ¡Araña usted! ¡já! ¡já! ¡já!

PILAR (Interponiéndose.) ¡Mamá!...

ESCENA VI

DICHOS y AGAPITO

ALB. (Al ver á Agapito que entra por la derecha.) En nombrando al Rey de Roma. .

AGAP. (Aparte al ver á las señoras.) ¡Demonio, ellas! (Alto, saludando.) Servidor de ustedes.

ALB (A Agapito.) A ver, á cuadrarse, recluta. ¿Porqué ha faltado usted á la lista? Hablo por boca de ganso. (Señalando á doña Paz.)

AGAP. Perdón. (Bajo á doña Paz.) ¡Vida mía! (Alto.) Un asunto urgente me ha detenido. (Estrecha la mano de Pilar; al tratar de hacer lo mismo con doña Paz, esta le vuelve la espalda.) Allí estaba mi cuerpo, la vil materia; pero el espíritu había llegado aquí con exactitud cronométrica, volando con las alas del deseo, hacia usted, norte y guía de mis pasos... hacia usted... (Aparte.) No se conmueve. (Alto á Pilar y á Alberto.) Con su permiso. (Bajo á doña Paz.) Tú eres el imán; yo soy el acero.. Tú eres la luz. . yo soy la mariposa... Tus gracias sobrenaturales me cautivan... tus... (Doña Paz que, durante las últimas palabras de Agapito ha ido volviendo la cabeza con vivas muestras de satisfacción, concluye por manifestarse gozosa y entregarle la mano. Estrechándole la mano exageradamente y aparte.) ¡Se conmovió! (Alberto y Pilar han seguido el anterior diálogo sonriéndose.)

ALB. La música doméstica...

PILAR (Tapándole la boca.) Basta. (A Agapito.) Ahora, que ya está usted absuelto, gracias á su elocuencia abrumadora, emplee usted alguna más para ver si convence á mi testarudo esposo...

AGAP. ¿Qué es ello?

PILAR Deseamos que nos acompañe de visitas y no hay quien le arranque del estudio.

AGAP. ¡Cómo se entiende! ¿Qué disculpas son esas? Un buen marido debe estar á todas horas á la disposición de su mujer, debe seguir sin

vacilaciones al ángel de su hogar, considerándose orgulloso al ostentarlar apoyada en su brazo, como diciendo... *urbi et orbi:* vean ustedes la preciosa carga que he sabido conquistarme. (Doña Paz le escucha como arrobada)

PILAR ¡Ni por esas!

AGAP. ¿Aún no es bastante? Allá va la puntilla... (Pasa por delante de las señoras y le dice bajo.) Haz que se vayan en seguida y tú quédate, te necesito.

ALB. Bueno; Basta ya, me rindo. Voy. Bajen ustedes que yo no tardaré.

AGAP. ¡Hecho el milagro!

PILAR ¡Usted emplea algún poderoso amuleto!

AGAP. Sea como fuere, hecho está.

PILAR Pues, en recompensa le invito á usted á comer con nosotros, cubierto humilde; pero al lado de mamá.

AGAP. ¡Oh, dicha!... Respirar á bocanadas el ambiente que usted perfuma con su aliento; poder entre bocado y bocado disfrutar de la encantadora sonrisa de esos labios de grana. No será humilde cubierto sino opíparo banquete de exquisitos manjares condimentados por huríes...

ALB (A Pilar.) ¡Lo que habla!... (Agapito sigue hablando en voz baja con doña Paz.)

PILAR (A Alberto fijándose en la blusa que éste lleva puesta) Mira, Alberto, esa blusa está ya imposible, acuérdate de bajarla y te mandaré otra limpia.

ALB. Bueno.

PILAR (A doña Paz y Agapito.) ¡Que se va á hacer tarde!

AGAP. (A Pilar.) ¡Cruel!

PILAR (A doña Paz.) ¡Anda! (A Agapito y Alberto.) ¡Hasta ahora! (Vase por la derecha seguida de doña Paz; ésta, al marcharse, lanza á Agapito una mirada envolvente, á la que Agapito contesta en igual forma y con movimientos expresivos)

ESCENA VII

AGAPITO y ALBERTO

ALB. ¡¡Qué estómago tienes!!

AGAP. ¿Lo dices porque me quedo á comer?

ALB. No, hombre, lo digo porque te resulta doña Paz como si contase quince Abriles y fuera el premio de honor de algún concurso de belleza.

AGAP. Tú no te has fijado: reune condiciones inapreciables.

ALB. Por eso no hay quien las aprecie.

AGAP. Yo. Desengáñate, esa mujer, como todas, fascina.

ALB. A tí, que en viendo unas faldas...

AGAP. Porque en todas hay un algo embriagador, despampanante ..

ALB ¡Aprieta!

AGAP. Y en ésta, sobre todo, existe una circunstancia excepcional; ¿á qué se debe el que la hayas aceptado como suegra?

ALB Ya lo sabes...

AGAP. Pues por la misma razón la encuentro yo sublime para esposa.

ALB. No cantes victoria, que el doctor Lanceta se ha propuesto que hable.

AGAP. Le mato.

ALB. Cuenta conmigo. Vaya, voy á vestirme...

AGAP. Espera. ¿Has olvidado que te he hecho esperar para que hablemos?

ALB. Ya no me acordaba, ¿qué ocurre?

AGAP. ¿Estamos solos? (Mirando alrededor.)

ALB Sí.

AGAP. ¿No hay nadie?

ALB No.

AGAP. Ni modelos, ni criados, ni visitas, ni... (Mirando de nuevo.)

ALB Ni paciencia para aguantarte; ¿hablo en griego? Cuando te digo que estamos solos... (Agapito recorre la escena inspeccionándolo todo, para asegurarse de que efectivamente están solos. Alberto,

mueve la cabeza impaciente al seguir los movimientos de Agapito.)

AGAP. Alberto, tú eres mi mejor, mi único amigo, mi hermano de corazón; juntos hemos capeado las grandes borrascas de la vida.

ALB ¡Adiós, lío en puerta!...

AGAP La situación es difícil... los instantes son críticos, supremos...

ALB. ¿Acabarás?...

AGAP. (Acercándose más á Alberto, le dice en tono misterioso:) ¡Herminia, *La Ciclón*, está en Madrid!...

ALB. ¿Cómo lo has sabido?

AGAP. Acabo de verla por la Plaza Mayor en una tartana rebosando baules. Tú la conoces también; al ponerle de mote *La Ciclón* la retrataron. Si se incomoda, no es mujer, es un vendaval. ¡Qué determinaciones! ¡Qué arranques! ¡Qué uñas! ¡Qué nervios! ¡Sobre todo los nervios! Cuando se desatan, y se desatan con facilidad pasmosa... voy á enseñarte la última prueba... (Desabrochándose el chaleco.)

ALB Déjate... Ya te lo advertí á tiempo y no me hiciste caso.

AGAP. ¡Si tiene una nariz encantadora, y al sonreir, se le marca un hoyito ideal!... (Señalándose un carrillo.) ¿Qué había de hacer en aquel hoyo? Enterrarme.

ALB De poco le sirvieron sus atractivos; no lograron impedir que la abandonaras en Marsella.

AGAP Naturalmente. Fuimos una noche al *Cafe Concert*; trabajaba cierta equilibrista, arrebatadora, con pie de niña, mano de hada y ojos de terciopelo, perdí el equilibrio; supe que al día siguiente marchaba á Nápoles y...

«Buscando mayor espacio
»para mis hazañas, dí
»sobre Italia, porque allí,
»tiene el placer un palacio.»

Resolviendo hacer la procesión del niño perdido, con la esperanza de que la reflexión, el tiempo y mil francos que la dejé con una carta mitigarían el golpe.

ALB. Claro; los duelos con pan son menos.

AGAP. A más, Herminia, precisamente no tenía derecho para quejarse, ella me arrancó de entre los brazos del Olvido, aquella rubia fantástica con dos lunares, uno en la comisura de las cejas y el otro...

ALB. Sí. (Tarareando el conocido tango.) «¡Tengo dos lunares!... ¡tengo dos lunares!...» Y Olvido á su vez te arrancó de Sofía.

AGAP. ¡Ah!... Sí... ¡Sofía!... ¡Sofía!... no me la recuerdes, con qué salero tartamudeaba...

ALB. ¡El cuento de nunca acabar! Pues no olvides que con mi suegra, no hay tu tía, y si olfatea tan sólo el menor de tus trapicheos pasados ó actuales, aun estando muda, te armará un escándalo que le oirán los sordos, concluyendo por despedirte con cajas destempladas.

AGAP. Ese es mi único temor.

ALB. Peinas ya canas, y hace (Agapito se mira el bigote y la barba.) mucho tiempo que debiste abandonar esa vida, impropia de un hombre sensato.

AGAP. Mira, no es este el momento más apropósito para pláticas de moral; las cartas que he recibido de *La Ciclón*, han sido cada vez más alarmantes; en la última me ofrecía solemnemente que nuestros retratos saldrían en *El Nuevo Mundo*, *Blanco y Negro* y demás periódicos ilustrados. ¿Qué hacer? *La tempestad é viccina.*

ALB. Pues, chico, yo lo siento mucho, pero conmigo no cuentes.

AGAP. ¿Tendrás valor para dejarme en la estacada?

ALB. ¡Y tanto!

AGAP. ¡Egoista!

ALB. Egoista, no; Pilar es celosa, mi suegra me tiene muchas ganas, y el menor incidente, daría al traste con la hermosa paz de que disfruto!

AGAP. El diablo harto de carne... Pues ya que por buenas no me prestas ayuda, has de hacerlo *velis nolis.*

ALB. ¿Cómo?

AGAP. En cuanto Herminia suelte sus chismes, vendrá á buscarme aquí.

ALB. No la recibiré

AGAP. ¿Olvidas que los amores de *La Ciclón* y míos tuvieron siempre por cuartel general este estudio, gracias á tu generosidad?

ALB. Porque estaba yo soltero y no tenía que dar cuentas á nadie.

AGAP. Para cubrir las formas, le dije que el estudio era mi habitación.

ALB. ¿Y á tí quién te manda engalanarte con plumas ajenas?

AGAP. ¡Entonces no había entre nosotros tuyo ni mío!...

ALB. ¡Claro!...

AGAP. Bien; pues en consecuencia, aquí vendrá; no la recibes, arma la tremolina hache, se enteran hasta los gatos, y mira por dónde lo que deseas evitar sucede.

ALB. ¡Si es más fijo que al que se mete á Redentor... le crucifican!

AGAP. No te incomodes. Lo que hay que procurar es que apenas entre aquí, se vaya.

ALB. Conformes.

AGAP. Conservo todavía mi cuartito de la calle del Pez.

ALB. ¡Todavía!...

AGAP. No me reprendas; es el almacén de mis recuerdos. Hace más de cinco meses que no he puesto los pies en aquel nido delicioso... Tengo una llave para poder entrar cuando me acomode, y otra los porteros, dueños de la pastelería que hay en la misma casa. Escribo una carta á Herminia; suponiendo que la he dejado aquí para que se la entreguen, citándola en la calle del Pez; de ese modo, aguanto sin testigos el primer chaparrón, que ha de ser borrascoso, y con dádivas ó amenazas, trato de quitármela de encima para en adelante. ¿Qué te parece?

ALB. Como no hay mucho tiempo para pensar, encuentro la idea aceptable. Escribe.

AGAP. (Se sienta á la mesa y escribe leyendo al mismo

tiempo.) «Herminia de mis entretelas: Te ruego vayas en mi busca, y sin demora, á la calle del Pez, noventa y dos, cuarto bajo, donde te espera con los brazos abiertos y el corazón palpitante, tu Cordero.—P. D.—Si por casualidad yo no hubiera llegado aún, entra en la pastelería y di al pastelero que aguardas al señor de los bartolillos.—Vale.»

ALE. ¿El señor de los bartolillos?

AGAP. Los confecciona deliciosos el portero; en mis visitas á la casa le hacía buen gasto y me quedé con el sobrenombre que explcto, como contraseña, cuando me conviene.

ALB. ¡Bueno! ¡Bueno! Termina, pon el sobre (Agapito escribe el sobre de la carta.) y al salir la dejas en la portería para que no suba.

AGAP. ¿Estás en tu juicio?

ALB ¡Ah! Pretendes que también yo...

AGAP. ¡Cómo también! ¿Has hecho hasta ahora algo?... Para escribir y que entregue la carta cualquiera, no necesitaba yo alforjas. Tu te encargas de la comisión; si viene, con palabras dulces y persuasivas, la atemperas y la echas á la calle en busca de su manso cordero.

ALB. No se convence, y resulto yo el cordero no manso, sino Pascual.

AGAP. Respondo del éxito.

ALB ¡Venga la carta! (Quitándosela de las manos.) ¡Maldita sea ella, tú, la debilidad de mi carácter, que me coloca en situación como esta! (Se guarda la carta en el bolsillo de la blusa.)

AGAP. ¡Gracias á Dios! Me marcho. (Se dirige á la derecha y retrocede.) No; más seguro es por la escalera interior, pudiera ella subir... yo bajar... y si en un descansillo... ó en un peldaño... de manos á boca... ¿no te parece? Hasta luego; ¡en tus manos encomiendo mi espíritu! (Vase por la izquierda, primer término, precipitadamante.)

ALB. ¡Si estuviera en mis manos!

ESCENA VIII

ALBERTO

¡Pero señor! ¿hasta cuándo he de ser un majadero, un tonto á quien los demás lleven y traigan á su gusto? Es decir; los demás, no; ese, que hace de mí, cuanto se le antoja. ¡Por vida de!... y Pilar con mi suegra que me esperan para salir... y la otra que puede llegar... verse envuelto en tales embrollos, un hombre pacífico que se ha retirado ya á vida tranquila; por lo visto esto va á ser una cadena cuyos eslabones no re romperan nunca... ¿nunca?... (Con resolución) Llegó el fin; si me he dejado embaucar por un momento, llegó la hora de las resoluciones decisivas; ahora mismo me llevo á esas y no volvemos hasta la noche; si viene *La Ciclón* que grite cuanto quiera, que pegue fuego al edificio, si le acomoda, y Santas pascuas!... ¡Dicho y hecho! (Se quita la blusa que arroja sobre un muble.) El llanto sobre el difunto! (Al dirigirse Alberto á la puerta de la derecha, se abre violentamente y con estrépito la mampara y entra Herminia como una tromba. Lleva abrigo largo de viaje y sombrero exagerado. Alberto retrocede asustado.)

ESCENA IX

HERMINIA y ALBERTO

ALB. (Aparte.) ¡¡Ya pareció aquello!!

HERM. (Al entrar derriba cuanto encuentra á su paso, tira algunos libros y papeles que hay encima de la mesa. Encarándose con Alberto.) ¡No me lo niegue usted porque la portera me ha dicho que está!

ALB. ¡Calma, señora, calma!

HERM. ¿Calma? (Enderezándose de un manotazo el sombrero que se le habrá torcido.) ¡¡Narices!! (Vuelve á re-

gistrar la habitación, pasando detrás del biombo, siempre derribando muebles.)

ALB ¡Vea usted lo que hace!

HERM. ¡Lo que me da la gana! Usted no toca aquí pito. ¡Este cuarto es suyo, estos muebles son suyos, no van á quedar ni astillas!...

ALB. ¡Oiga usted!... ¡Oiga usted!

HERM. Dejarme en Marsella sin poderme entender con aquellos franchutes, que no hablan español... ¡lo voy á hacer tajadas!...

ALB. Pero escuche usted, atienda á razones... Agapito no está...

HERM. Tan bribón es usted como su amigote; aunque se oculte bajo tierra, aunque se haya escondido en... (Se lanza nuevamente á buscar entrando por la puerta del segundo término izquierda.)

ALB (Siguiéndola.) ¡Señora! ¡¡Señora!!... ¡¡Qué barbaridad! (Corre atolondrado hasta la puerta de la mampara, la abre y escucha.) Me parecía haber oído... ¡No!... (Se oye gran estrépito de cacharros rotos, muebles derribados en las habitaciones interiores.) ¡María Santísima!... (Acudiendo rápidamente á la puerta segundo término izquierda; casi al mismo tiempo, Herminia sale por la de primer término izquierda; viene en mayor estado de excitacion, arranca paños y tapices que habrá sobre el biombo, coge también la blusa de Alberto y lo pisotea todo con extraordinario furor.)

HERM. Pero, ¿dónde se ha metido? ¡Que salga! ¡que salga! ¡Como le eche la vista encima, lo que estoy haciendo con estos trapos!...

ALB. (Incomodado.) ¡Ea; esto ya pasa de castaño obscuro!

HERM. ¡Cobardes! ¡Gallinas!... (Gritando.) ¡Porque soy una débil mujer incapaz de meterme con nadie ni alzar la voz tan siquiera! (Rompe á llorar de pronto.) ¡Ay! ¡Ay! ¡Ay! (Cae en la «chaise-longue» presa de una violenta convulsión nerviosa.)

ALB. (Dirigiéndose á sujetarla.) ¡Demonio! ¡No me faltaba más que esto! ¡Herminia, señorita Ciclón!... digo, Ciclón... ¡Señorita!... ¡Herminia!... Mire usted que estas cosas no se pueden hacer aquí, que me está usted comprometiendo... (Suena el timbre eléctrico que está colo-

cado á la derecha.) El timbre de abajo .. van á subir... (Voz de Pilar dentro.)

PILAR Encima del velador, en el gabinete...

ALB ¡Mi mujer!... ¡Se cayó la casa! ¡Señora, señora, arriba, andando, el aire fresco la sentará admirablemente! (Tratando de incorporar á Herminia.)

HERM. ¡Ay! ¡ay! ¡ay! (Voz de Pilar más cerca.)

PILAR ¡Ah! Cierra el armario.

ALB. (Incorporando por fin á Herminia.) ¡Ya está aquí! Márchese usted... (Empujándola hacia la puerta primera izquierda.) ¡Ah! ¡La carta! ¿dónde he puesto yo la carta? (Buscándola en los bolsillos con la mano que le queda libre. A Herminia en voz baja y muy azorado.) ¡En la calle del Pez, noventa y dos, cuarto bajo, la espera á usted Agapito!... (Empujándola hacia la primera izquierda.)

HERM. ¡Ay! ¡ay! ¡ay!...

ALB. Pez, noventa y dos. Pez .. (Repite las señas hasta que desaparecen.)

ESCENA X

PILAR, enseguida ALBERTO

PILAR (Vestida para salir.) ¡Alberto! Pero hombre, hace una hora que estamos vestidas esperándote; lo que es en viniendo tu Agapito... (Mirando por la escena.) ¿Dónde está? ¿Qué desorden es este?

ALB. (Saliendo por la primera izquierda.) Dispensa, hija mía, no me ha sido posible concluir antes...

PILAR Estás agitado, ¿qué ha ocurrido aquí?

ALB. (Tratando de disimular su emoción.) Nada, absolutamente nada, esta revolución es obra mía; buscaba un maldito dibujo que se me ha perdido... me he desesperado y... En seguida estoy... (Vase precipitadamente por la derecha.)

ESCENA XI

PILAR, á poco DOÑA PAZ trayendo una blusa limpia al brazo

PILAR (Dirigiéndose á Alberto que desaparece.) Pero oye... Algo le pasa, no cabe duda... para buscar un dibujo tirarlo todo... muebles... paños .. ¡Dios mío! ¡Dios mío! Si será verdad lo que mi madre asegura continuamente!.. ¡si me engañará Alberto!... Con estos artistas se vive en el Purgatorio. Siempre con el alma en un hilo... Son tantas las ocasiones... los solicitan, los asedian, los empujan... no, pues como el mío caiga... (Doña Paz entra por lateral derecha y se queda mirando hacia afuera y haciendo demostraciones de extrañeza, como si hubiera visto bajar á Alberto precipitadamente. Al volverse se apercibe del desorden que hay en el estudio y con gran asombro se va fijando en todo, dirigiéndose por último á Pilar que se ha quedado meditabunda, le llama la atención, tocándola en el brazo y con ademanes expresivos le pregunta ¿qué es esto? ¿Qué ha pasado aquí?) (Contestando á doña Paz.) No lo sé mamá, Alberto dice que buscando una cosa .. se ha impacientado... y... (Doña Paz expresa sus dudas.) Verdaderamente parece increible que... (Doña Paz afirma y señala á Pilar las sillas caídas, los libros y los papeles acompañando esta acción con gruñidos expresivos.) Sí; ha quedado esto como un campo de batalla... (Doña Paz afirma repetidas veces.) Ayúdame á colocar los muebles en su sitio. Trae. (Cogiendo la blusa que doña Paz lleva al brazo, se dirige á levantar una silla, doña Paz hace lo mismo con otra, Pilar recoge del suelo los paños y la blusa que llevó Alberto, va sacando de los bolsillos un pañuelo, una caja de cerillas, una pipa, diferentes objetos que coloca encima de la mesa, hasta tropezar con la carta de Agapito en uno de los bolsillos, la cual examina y mira por todos lados. Doña Paz se vuelve y viendo á Pilar perpleja con la carta en la mano le pregunta por signos ¿qué es eso?) Esta carta que he encontrado en uno de los bolsillos de la

blusa .. (Dando vueltas á la carta.) Está abierta... El sobre dice para la señorita Herminia Pérez... será un aviso para alguna modelo... (Doña Paz sonríe sarcásticamente y arrebata la carta de manos de Pilar yendo á sacarla del sobre.) (Quitándole la carta.) ¿Qué vas á hacer? Quizás sea una indiscreción.. enterarnos... (Doña Paz manifiesta con sus gestos que es demasiado confiada y bonachona y que puede hacer lo que quiera. Vacila un momento, de pronto saca la carta del sobre y lee, manifestando en su cara el efecto que le produce la lectura.) ¡Jesús! ¡Jesús! ¡Esto es inicuo! ¡Horrible! ¡¡Monstruoso!! Tenías razón para desconfiar de Alberto y yo he sido una necia creyéndole el mejor de los hombres... lee. (Entrega la carta á doña Paz y rompe en sollozos. Doña Paz, al fijarse en la carta, lanza un grito.)

PAZ ¡¡Ah!! (La lee rápidamente y luego enseñando el papel á Pilar y señalando la escritura le dice de un modo casi inteligible) ¡Agapito! ¡Agapito! (Doña Paz afirma repetidas veces y lanza gritos inarticulados.)

PILAR Letra de Agapito. Claro; para no comprometerse... ¡En la infamia se ayudan los dos amigos! (Doña Paz se manifiesta cada vez más irritada, lanza gritos, hace movimientos de ira y pasea por la escena agitadísima) ¡Vamos abajo, que nos diga quién es esa mujer!... que yo pueda... (Queriendo marcharse.) (Doña Paz se para de repente detiene á Pilar, cogiéndola por el brazo y le indica que tenga calma, y guarde silencio.) ¡Calma! ¡Silencio! ¡Imposible! ¡Son unos pícaros!

PAZ (Niega con energía y dice con sonidos guturales.) ¡Pi... Pi ..!

PILAR ¡Pillos!

PAZ (Afirma. Todavía con más fuerza.) ¡Bá! ¡Bá!...

PILAR (Comprendiendo) ¡Bandidos!

PAZ (Afirma. Tambien con gran energia.) ¡Ca! ¡Ca!

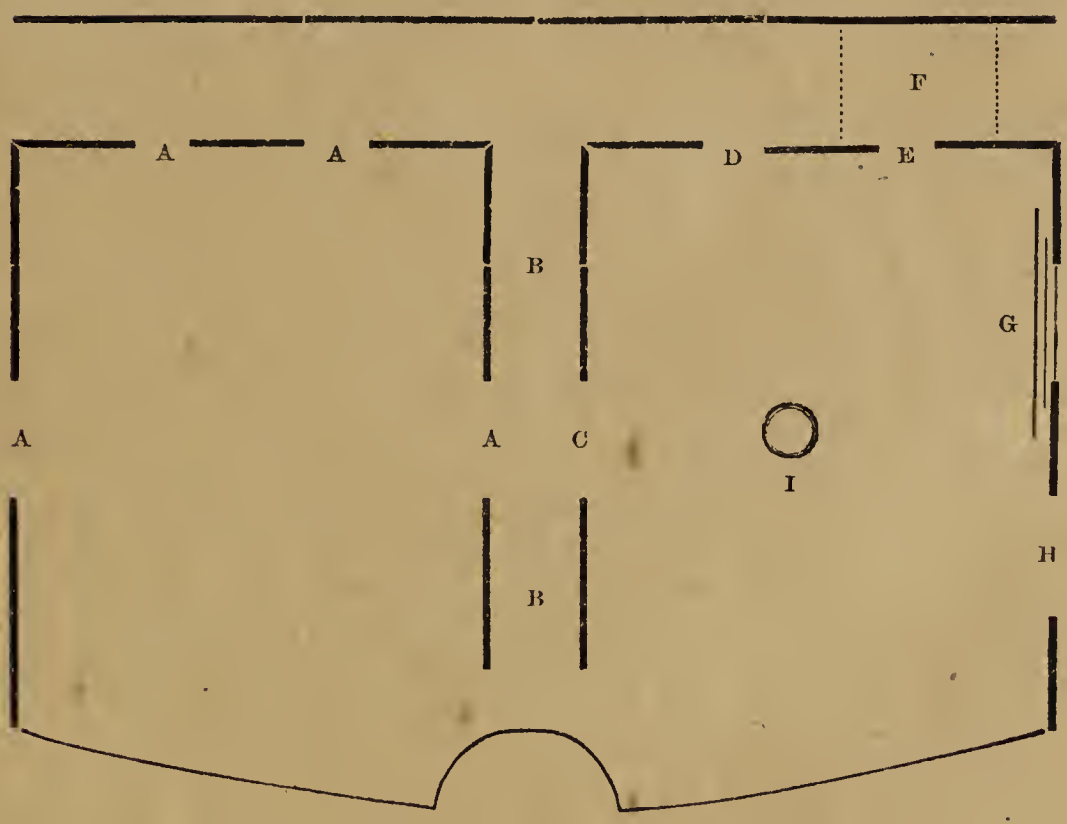
PILAR (Terminando la palabra.) ¡Canallas! (Pilar llora, doña Paz vuelve á pasear agitadísima.)

Rapido

TELON RAPIDO

ACTO SEGUNDO

DECORACIÓN



A=Puertas.—B=Pasillo.—C=Entrada al cuarto de Agapito.—D=Puerta que conduce á la Pastelería.—E=Cancela.—F=Vestíbulo con forillo de calle.—G=Escalera.—H=Portería.—I=Farol.

La escena dividida. A la derecha, se encuentra la habitación de Agapito; en el foro de ésta, dos puertas con guarda-malletas, y una sola pierna de cortina plegada á un lado. En la puerta de la derecha una cortina suelta que la cubre por completo. En la izquier-

da, puerta que comunica con el pasillo y está situada en frente de la de entrada al cuarto. Muebles lujosos y de gusto; en el centro de la habitación una mesa, á los lados butacas, sillas, consola ó entredós con floreros; varios abanicos de señora abiertos adornan una de las paredes. En las otras, varias fotografías, etc. En el centro el pasillo que por el foro se supone comunicar con el resto de la casa. En la división de la izquierda, en el foro izquierda, cancela de entrada al portal; á la derecha, puerta pequeña que comunica con la pastelería. En el paño de la izquierda, en segundo término, el arranque de la escalera que conduce á los pisos; en el mismo paño, primer término, puerta mitad vidriera; sobre ella un letrero que dice: PORTERÍA. En el paño de la derecha, puerta de entrada á la habitación de Agapito con mirilla y picaporte que juguen; á la derecha tirador de campanilla que también juega. En el centro del portal, suspendido, farol grande.

ESCENA PRIMERA

PROTASIO en el portal; ASUNCIÓN, que es coja, en el cuarto de Agapito, limpiando y arreglando los muebles

PROT. (Subido en una escalera de tijera limpia los cristales del farol, y tiene apoyado en él un periódico con cuya lectura parece muy entusiasmado. Leyendo.) El compañero Cachucha se levanta indinado y pide la palabra... (Hablado.) ¡Este es un hombre!... (Leyendo.) Espetoración... No. Espetación. El Presidente se la niega. (Hablado.) ¡Animal! ¡cochino! (Leyendo.) El Presidente concede la palabra al señor Cachucha. (Hablado.) ¡Bravo! ¡Eso es un Presidente! (Leyendo.) El compañero Cachucha... (Levantando la voz.) ¡Unión! ¡unión! ¡unión!

ASUN. (Desde el cuarto.) ¡Allá voy! (Sale.) ¿Qué quieres?

PROT. (Incomodado.) ¿Quién te llama?

ASUN. (Entrando de nuevo en el cuarto y refunfuñando.) ¡Creí que decías Asunción!

PROT. (Leyendo.) ¡Unión! ¡unión! unión! (Hablado.) ¡Eh! ¡Así se habla! (Leyendo.) ¡Los burgueses nos exprimen! ¡Los burgueses nos arrastran!... (Hablado.) Justo; así andamos tóos

destrozaos... (Leyendo.) ¡Abajo los burgueses! ¡Abajo el capital! ¡Abajo el monopolio!... ¡Abajo!...

CAB.º (Entrando por foro izquierda cancela.) ¿Don Pedro Fernández?

PROT. (Sin mirarle.) Arriba, cuarto quinto de la derecha. (Vase el Caballero por segunda izquierda escalera.) Las circunstancias lo piden á gritos y debemos marchar de frente, deprisa y sin vacilaciones; compañeros, tacto de codos, empujemos con bríos, subamos aplastando. (Hablado.) Me paece que *El Evangelio* no dice lo mismo. (Sacando un periódico del bolsillo.) Aquí... (Leyendo.) Las circunstancias no nos favorecen y por lo tanto debemos marchar con calma, y no de frente, sino de costado; compañeros, tacto de codos, empujemos suavemente, subamos palmo á palmo (Hablado.) ¿En qué quedamos? ¿ha dicho que debemos ir de frente ó de espaldas? ¿hay que empujar ó sentarse? ¡Ya me he hecho un lío y no sé lo que quiere el compañero Cachucha!

ASUN. (Saliendo, lleva escoba, plumero y zorros.) Ea, el cuarto queda limpio y reluciente como una taza de plata. (Cierra la puerta y quita la llave. Protasio sigue subido en la escalera figurando leer y accionando. Llamándole.) ¡Protasio! ¡Protasio! ¿Pero te has vuelto loco?

PROT. Sí, porque no puedo entender estas cosas de la política, que en un lao son blancas y en el otro negras. Oye... (Disponiéndose á leer.)

ASUN. ¡Déjame á mí! Si en lugar de leer los papeles estuvieras á lo tuyo, no andaría el farol sin limpiar á las tantas de la tarde, ni la tienda abandoná tó el santo día.

PROT. ¡Expresiones! Esto istruye, pa que lo sepas; aquí se aprende... ¿pero qué te voy á explicar á tí, miserable portera?

ASUN. Lo que me debías explicar es lo que has hecho en toa la mañana... Más valía que hubieras ido á misa tan siquiera.

PROT. ¿A misa? ¡Clericala! Eso hacen muchas que yo conozco; darse golpes en el pecho, atra-

gantarse de sermones y luego dejar que los garbanzos se pongan como adoquines y armar tertulia en el cuchitril pa desollar á los vecinos.

ASUN. ¿Quién?

PROT. San... se acabó.

ASUN. Haz el favor de no mentar á los Santos, que no se meten contigo... y no empecemos, que hoy es lunes.

PROT. ¡Hala!... ¡hala!... á fregar los pucheros y á remendar las medias.

ASUN. ¡Remendar!... Toma, toma la llave del bajo, ya está limpio y corriente. (Entregándole la llave.)

PROT. ¡Rediez! Te subes á la parra porque yo pierdo el tiempo estudiando, y tú lo malgastas tóos los días en limpiar lo que nadie ensucia.

ASUN. Yo no malgasto ná, porque pa eso nos paga el enquilino.

PROT. Un burgués que tié el cuarto de lujo y fantesía.

ASUN. Pero, paga, y esa es la fija. Que te he entregao la llave, ¿estamos? (Con sorna.) Y no te entretengas en enseñar la habitación á las doncellas de la vecindá, pa estar á la que salta...

PROT. Enfundios. (Baja de la escalera.)

ASUN. ¿Son enfundios que le atas los zapatos á la criada del primero izquierda; la tiras pellizcos á la del segundo centro, y la metes pastelitos en la boca á la del tercero derecha? Pero ten cuidao que yo no te pesque en un renuncio gordo, porque te gastas el jornal de un año en aglotinante.

PROT. ¡Dale! ¡Cotorra! (Cogiendo la escalera.)

ASUN. ¡Calabacín!

PROT. ¡Vejestorio!

ASUN. ¡A tó hay quien gane, pelele! (Vase foro derecha, portal.)

ESCENA II

PROTASIO; á poco DON ANSELMO

PROT. Y así estamos desde el sesenta y seis del siglo pasao. Si no mirase... que me puede... y que es un ser iznorante y pequeño... (Entra la escalera por foro derecha portal.—Saliendo.) ¡Vaya! ¡Vaya! ¡Protasio, á tu avío!... que mañana hablas en el mitin... que no tiés pensao entoavía más que lo de... Pido la palabra... y... compañeros... Y ya está aquí el trompicón de siempre. Como pastelero soy un burgués que explota y exprime al proletariado; como portero soy un proletariado que tié que cortarle la cabeza al burgués; no hay otra... ¿y cómo va esta mano (Levantando la suya.) á cortarle ná á este cuerpo? (Señalando el suyo.) Entoavía no me ha entrao á mí bien la dotrina (Sacando un periódico y volviendo á leer.) ¡Guerra al capital! ¡Guerra al capitalista! Nada de bajezas ni de humillaciones...

D. ANS. (Por foro izquierda cancela.) Hola, Protasio, buenas tardes.

PROT. (Aparte.) El amo. (Guarda precipitadamente el periódico.—Alto.) ¡Servidor de usía! ¡A la orden de vuecencia! (Quitándose la gorra y haciendo exageradas cortesías.)

D. ANS. ¡Cúbrase usted, hombre; cúbrase usted!

PROT. Con permiso. (Con mucha humildad.)

D. ANS. (Saca la petaca y de ella un cigarro puro para él y otro que da á Protasio.) ¡Vaya, un cigarro!

PROT. (Mira con mucha atención el cigarro, demostrando gran admiración.) ¡Muchas gracias! Si me permite el señor, lo guardaré pa el domingo.

D. ANS. Guárdelo usted. ¿Una cerilla?

PROT. Corriendo. (Saca precipitadamente la caja de fósforos, no acierta á abrirla, enciende al fin, y equivocadamente hace la indicación de darle la caja en lugar del fósforo, y por último, sostiene la cerilla mientras don Anselmo enciende pausadamente. Figura que se ha quemado, se chupa el dedo y le sacude.)

D. ANS. ¿Qué hay? ¿Han dejado algún aviso para mí?

PROT. Ninguno, señor.

D. ANS. ¿Ocurre algo de nuevo en la casa?

PROT. Lo de tóos los días. Por fin conseguimos que el del tercero se mude...

D. ANS. ¡Ya es hora!

PROT. Si se le paga la mudanza. (Ademán de contrariedad en don Anselmo.) Y el carretero del piso interior, lleva dos atrancos en lo que va de semana.

D. ANS. ¡Y hoy es lunes! Bien, bien. Y... ¿el inquilino del cuarto bajo? (Señalando á la derecha) ¿Viene por aquí?

PROT. ¡Cá! ¡no paece ni vivo ni muerto!

D. ANS. ¿No continúan ustedes con el encargo de limpiar y...?

PROT. Sí, señor.

D. ANS. ¡A propósito de ese cuarto, me ocurre ahora, que usted, amigo Protasio...

PROT. (Aparte.) Hoy sopla buen viento, semos amigotes.

D. ANS. Podría hacerme un favor.

PROT. ¿Un favor? Vuecencia me manda.

D. ANS. Suprima usted el tratamiento. Pues bien, la cosa es sencilla; pero requiere suma discreción y absoluto silencio.

PROT. Soy una atarjea.

D. ANS. Ya, ya me consta lo que usted vale y lo que merece, y si, como creo, ahora me sirve usted con eficacia... ¿Quién sabe? El administrador tiene ya muchos años... habrá que sustituirle, y... pudiera usted ocupar la plaza.

PROT. Administra... Pero, ¿dónde se ha manchado vuecencia?

D. ANS. (Mirándose.) ¿Sí? (Aparte, mientras Protasio le limpia con un pañuelo, primero por la espalda, después por delante y, finalmente, le sacude las botas.) Lo que yo había supuesto citando á Pepita sin titubear, el portero se prestará á todo.

PROT. Yo me encuentro dispuesto, por complacer al señor, á rodar.

D. ANS. No hace falta tanto. (Aparte.) Ya está la tie-

rra bien abonada. (Alto.) Siendo así, es preciso que hablemos cuanto antes.

PROT. ¿Quiere el señor honrar mi pobre casa? O que le saque una silla ú el sofá.

D. ANS. No; en mi despacho estaremos más tranquilos, suba usted. (Se dirige á la izquierda. Escalera.)

PROT. (Siguiéndole y aparte.) De este guisao me llevo una tajá regular. (Vanse por la escalera.)

ESCENA III

ASUNCIÓN. Enseguida AGAPITO

ASUN. (Por el foro derecha portal.) ¡Protasio! ¡Protasio! Que ya tiés la masa en su punto. (Mirando en derredor.) Pero, ¿dónde se habrá metío ese demonio? (Se dirige á la escalera. Al sentir entrar á Agapito por foro izquierda portal.) ¡Eh! ¿qué se le ofrece á ustez? ¿Por quién pregunta? (Fijándose en él.) ¡Calla! ¿Es ustez, señorito? ¡Virgen de la Paloma, qué alegría!

AGAP. Sí, yo soy; Fénix de las porteras.

ASUN. ¡Jesús! ¡cuánto tiempo sin verle!

AGAP. He estado de viaje. ¿Y el bueno de Protasio?

ASUN. Tan... destornillao como siempre. Encontrará ustez la habitación hecha un ascua de oro; ayer dejé los baldosines que se puen comer sopas en ellos; antiayer fregué los cristales, y el jueves pasao se mudó la ropa de las camas.

AGAP. Perfectamente, incomparable matrona. (Aparte, contemplando á Asunción.) ¡Qué quince Abriles habrá tenido esa mujer! Y aun conserva restos... Esos andares voluptuosos... (Alto.) ¿Ha venido alguien á preguntar por mí en este lapso de tiempo?

ASUN. No ha venido, señorito, ni ese laso, ni naide.

AGAP. Bueno; pues esté usted á la mira, porque es posible que luego acuda una señora...

ASUN. ¿Entro la ocena de bartolillos y el frasco de Pum?

AGAP. (Aparte.) El Pum ya lo dará ella. (Alto.) Tráiga-

lo usted. (Aparte.) Así como así, no he tomado más que el desayuno.

ASUN. Voy por la llave. (Se dirige hacia la escalera.)

AGAP. ¿Para qué? Tengo la mía. (Mirando fijamente á Asunción y aparte.) Lo dicho: ese contoneo resulta de una gracia imponderable. (Abre la puerta de su cuarto, quita la llave, entra y cierra.)

ASUN. A ver si este parroquiano que tié buen diente, despacha ahora los bartolillos que llevan en el escaparate mes y medio. (Vase foro derecha, portal.)

ESCENA IV

AGAPITO; á poco ASUNCIÓN

AGAP. (Al entrar en el gabinete se descubre cómicamente y canta con música de «Marina.»)

Costas las de Levante,
playa la de Lloret,
dichosos los ojos
que os vuelven á ver.

¡Deliciosa mansión de mis recuerdos, yo te saludo! (Enviando besos con la mano en todas direcciones. Se detiene un momento como extasiado, contemplando muebles y objetos.) ¡En esta silla me parece aun ver á Julia, aquella virtud de granito con formas de estatua! (Olfateando.) ¡Todavía quedan efluvios del opoponax barato!... ¡Aquí... no; aquí me dió una bofetada la planchadora! ¡Ah! ¡¡Oh!! (Dejándose caer sobre una butaca. Asunción sale foro derecha, portal, con una bandeja, en la que lleva una docena de bartolillos y copas pequeñas, y debajo del brazo un frasco de Pum. Se acerca á la puerta del cuarto y llama á la campanilla.)

AGAP. (Sobresaltado.) ¿Será la Ciclón? (Va á la puerta y mira con precaución por el ventanillo.) No. (Abre.)

ASUN. (Entrando y dejando la bandeja y el frasco sobre la mesa del centro.) La ocena, recién sacada del horno, el licor; ahora... traeré platos... y...

AGAP. No hace falta.

ASUN. ¿Quié ustez algo más?

AGAP. Que si viene esa señora...

ASUN. Descuide ustez, señorito; abriré yo mesma la puerta pa que no espere, ni se incomode en llamar, ni ustez tampoco...

AGAP. Muy bien.

ASUN. Voy á pedirle la llave á Protasio, porque como ese á lo mejor zambulle y no se le pué encontrar...

AGAP. Para evitar tropiezos, tome usted la mía, luego la recogeré. (Le da la llave.)

ASUN. Quede ustez con Dios. (Sale al portal cerrando la puerta. Como si oyese llamar en la tienda.) ¡Llaman en la tienda! ¡Allá van! (Vase foro derecha portal.)

ESCENA V

AGAPITO en la derecha continúa haciendo demostraciones de entusiasmo. PROTASIO baja por la escalera y se detiene en el portal.

PROT. ¡Me paece á mí que el compañero Lanceta se resbala y... después de tó, yo no voy perdiendo ná en la cosa... el amo dice que conoce mucho al enquilino; ¿qué podía suceder teniendo las malas? ¿que el otro se enterase?... Pus ellos se las arreglarían y á mí ¡Piscis!... Lo único que me pincha es que sea duquesa la que tié que venir, porque esa gente de fueros me da cien patás; ¡bah! la trataremos con orgullo pá que se vaya enterando...

ESCENA VI

DICHOS y PEPITA por foro izquierda, portal.

PEP. (Al entrar echa una ojeada en torno y se dirige á Protasio.) ¡Portero!...

PROT. (Aparte.) ¡Esta debe ser! (Alto, quitándose la gorra con mucha humildad y haciendo exageradas cortesías.) ¿Qué manda la señora?

PEP. ¿La consulta particular del doctor Lanceta?

PROT. ¿Usía ilustrísima quiere saber?...

PEP. (Aparte.) ¡Ay, que gracia! ¡Usía! (Alto.) ¿No hablo en castellano? La consulta particular de don Anselmo Lanceta...

PROT. Sí, sí; (Aparte.) Ya se le conoce el título en lo dominanta. (Alto.) Tenga vuecencia la honra de seguirme; es en este cuarto. (Dirigiéndose á la derecha.)

PEP. (Aparte, mirando á Protasio.) ¡Anda Dios! Ahora vuecencia. ¿Si se estará quedando conmigo este avechucho? (Protasio saca la llave del bolsillo, la introduce en la cerradura, con trabajo, haciendo mucho ruido, dando tiempo á las palabras de Agapito.)

AGAP. ¡Abren! (Levantándose vivamente.) ¡Llegó el momento, dejemos que antes de verme se desahogue rompiendo algo. (Se oculta detrás de la cortina de la puerta de la derecha.)

PROT. (Pasando delante de Pepita.) Pase, pase la señora duquesa, el doctor baja en seguida. (Vase cerrando la puerta de entrada al cuarto.)

PEP. ¡Duquesa! ¡Duquesa!... ¡Oiga ustez!

PROT. (Cruzando el portal.) Vamos á avisar al otro que le llaman corriendo de casa del Marqués. (Vase por la escalera.)

ESCENA VII

AGAPITO detrás de la cortina y PEPITA; al ver ésta que Protasio no la atiende, vuelve á entrar en el gabinete

AGAP. ¡Pepita la modelo aquí! ¿qué lío es este?

PEP. (Examinando el cuarto y los muebles. Durante las palabras que siguen va sentándose en diferentes sillas y butacas.) ¡Vaya una habitación con lujo y donde se pué andar derecha y sin darse de coscorrones! ¡El abuelo es persona que lo entiende y se cuida! Debe tener el riñón bien cubierto; una casa de estas hechuras, me hace á mi más falta que el comer.

AGAP. (Siempre oculto.) Y se entera detalladamente. ¡Viva la libertad!

PEP. (Reparando en la bandeja y el frasco.) ¡Calle! Pasteles, un frasco, copas... esto tié facha de ose-

quio, se conoce que el vejete se ha chiflao y me quié convidar, ¡pus chiflaremos!... (Se come un pastel y bebe una copa.)

AGAP. (Oculto.) ¡Que aproveche! Lo que hay en España es de los españoles.

PEP. (Después de beber.) ¡Superior! Y da un calorcillo... Con una rueda no anda el carro... (Se sirve otra copa que apura de un sorbo.)

AGAP. ¡Hasta verte, Jesús mío!

PEP. ¡De primera! (Levantándose.) Mientras viene el dotor, nos enteraremos de la casa, bueno es saber el terreno que se pisa. (Coge otro pastel, y comiéndosele desaparece por la puerta foro izquierda.)

AGAP. (Saliendo.) No me explico lo que ocurre. ¡Si Herminia la ve aquí, el conflicto es horrible! Por de pronto, quitando la ocasión... (Coge la bandeja, las copas y el frasco y se lo lleva lateral derecha.)

ESCENA VIII

DON ANSELMO y PROTASIO por la escalera. Enseguida AGAPITO

PROT. Sí, señor; he mirao poco y he hablao poco.

D. ANS. Bueno; lléguese usted inmediatamente al café Peláez y que traigan lo que yo he dejado dispuesto, pero... ¡volando!...

PROT. ¡Volaré!... (Abre la puerta del cuarto, se guarda la llave, y vase rápidamente foro izquierda, portal.)

AGAP. (Saliendo.) Ahora vamos á plantar en el arroyo á Pepita la desahogada. (Al sentir que abren la puerta.) ¡Otra vez la puerta! ¡¡María Santísima!! (Vuelve á ocultarse en lateral derecha.)

ESCENA IX

DON ANSELMO y AGAPITO. A poco PEPITA

D. ANS. (En el umbral de la puerta.) Ha sido una gran ideala de utilizar este sitio. (Entra, cierra la puerta, y pasa al gabinete.) ¡Encanto de los encantos!

AGAP. ¡Atiza! ¡Don Anselmo!...

D. ANS (Mirando alrededor) ¿Dónde se ha metido?... (Vase por la puerta del foro izquierda)

AGAP. (Sacando el cuerpo.) ¿Pero estamos en la Puerta del Sol ó en mi casa?

PEP. (Apareciendo en el pasillo.) Hasta en la cocina hay todo lo necesario. (Entra al gabinete por la puerta del pasillo, al mismo tiempo que don Anselmo aparece por la puerta del foro derecha.)

D. ANS. ¿Jugamos al escondite, hermosa Pepita?

PEP. Me había tomado la libertaz de ver la casa, que me gusta mucho.

D. ANS. Libertad, no, derecho; y de ella puede usted disponer á su antojo.

PEP. ¡Mil gracias!

AGAP. (Oculto.) No hay de qué. ¡Uy, empiezo á ver claro! (Don Anselmo indica á Pepita que se siente, y él lo hace á su lado.)

PEP. (Aparte, sentándose.) ¡Uf! ¡qué calor! El aguardiente, ú como le llamen, se explica.

D. ANS. No sabe usted cuánto me alegro de que al fin se haya decidido á aceptar la invitación. Temía...

PEP. ¡Pa chasco! Tié ustez cara de hombre juicioso: además pué ustez ser...

D. ANS. Agradecido.

PEP. Mi abuelo. En mi guardilla solo hay probeza, tenía ustez empeño en hablarme, yo no pierdo ná con oirle... y aquí estoy, pué ustez empezar.

D. ANS. ¡Ay, Pepita!...

PEP. ¿Qué hay?

D. ANS. Este ¡ay! es un suspiro que quizá llegue á convertirse en amarga queja, y luego en honda desesperación si no logro la conquista de un puesto preferente en ese corazoncito. (Siguen hablando en voz baja.)

AGAP. También estoy de sombra, meterme en la única habitación que no tiene otro escape que la línea de fuego.

D. ANS. Lo que yo quiero es fabricarte un paraíso donde reines cual otra Eva.

PEP. (Aparte.) (Este va á pagar los vidrios rotos de anoche.

AGAP. Se me va acabando la paciencia... pero si sorprendo á este conquistador, es muy capaz de vengarse, contando á mi futura que yo soy el inquilino del cuarto, y su historia...

D. ANS. ¿Y lograré al fin que me correspondas?

PEP. ¿Quién sabe?... Si lleva ustez buenos propósitos...

D. ANS. Garantizados por mucho tiempo, como los relojes. (Continúan hablando bajo.)

ESCENA X

DICHOS, PROTASIO foro izquierda, portal, con un periódico en la mano; enseguida un MOZO DE CAFÉ

PROT. (Saliendo.) Vamos á ver lo que cuenta *El Censor* del mitin. (Buscando en el periódico y leyendo.) «El compañero Cachucha, cuyas declaraciones se esperaban con muchísimo interés, no pudo hablar por encontrarse ronco.» (Hablado.) ¡Arrea!... Salimos ahora con que no ha dicho ná. (Viendo entrar al Mozo por foro izquierda, portal, con una batea sobre la cabeza.) Por aquí, amigo. (Abre la puerta del cuarto.)

PEP. (Alarmada.) ¡Abren!...

D. ANS. No te asustes, será el mozo del café con algunas chucherías que he mandado á pedir.

PROT. (En la puerta del gabinete.) ¿Dan ustedes su permiso?

D. ANS. Adelante.

PROT. Señor, aquí está eso.

D. ANS. Colóquenlo ustedes en la mesa. (El Mozo pone el mantel, Protasio va sacando de la batea y colocando en la mesa un plato con aceitunas, otro con jamón, otro con langostinos, pan, platos, cubiertos, etc. Mientras descorcha el mozo una de las botellas.)

AGAP. ¡Bien! Y yo con el estómago vacío...

D. ANS. Ahora, querida mía, entre las deliciosas emanaciones de los manjares, saturados por el aroma de los vinos y al chocar de las copas, sellaremos nuestra alianza, concluiremos nuestro pacto de condiciones tan fir-

mes, que los amantes de Teruel habrían de sentir envidia al vernos.

MOZO (Que ha terminado.) ¿Se ofrece algo más?

D. ANS. Nada. (Vase el mozo.)

PROT. Si el señor necesita de mis servicios, ya sabe dónde estoy.

D. ANS. Bueno, retírese usted. (Vase Protasio, cerrando la puerta del cuarto. A Pepita.) ¡A la mesa!

PEP. Porque ustez no diga... ¿Hay *Champán?*

D. ANS. ¿No ha de haberlo?

PEP. (Se sientan á la mesa.) ¡Tengo una sez que me ahogo! Deme usted vino.

D. ANS. Al instante... (Sirviéndole en un vaso grande.—Aparte.) ¡Ay, si se achispara!

PROT. (En el portal mirando á la puerta del cuarto.) La duquesa que venía á consultar con el amo... de comilona. (Se rasca la cabeza maliciosamente y silba por lo bajo, después saca los periódicos y se pone á leer. Agapito, durante las escenas que siguen y mientras comen don Anselmo y Pepita, asoma por detrás de la cortina en diferentes ocasiones comiendo bartolillos.)

ESCENA XI

DICHOS, PILAR y DOÑA PAZ por foro izquierda, portal

PILAR (A doña Paz.) ¿Nos habrá seguido? (Doña Paz mirando á la calle hace signos negativos. Durante toda la escena, se muestra muy agitada.) Ya que hemos resuelto dar este paso, es preciso enterarse de todo (Alto á Protasio.) ¡Portero!

PROT. ¿Qué desean ustedes?

PILAR ¿El doctor Lanceta?

PROT. Principal, pero no se encuentra en casa, ha salido.

PILAR (Vacilando un momento y mirando á doña Paz.) No importa. (A Protasio.) ¿Y su señora?

PROT. La señora sí está.

PILAR (A doña Paz, bajo.) Vamos; casi es conveniente que no esté él; doña Juana quizá pueda informarnos mejor (Vanse escalera.—Protasio vuelve á leer los periódicos.)

PEP. (A don Anselmo.) ¿Si? ¡Uy, qué miedo! ¡Já, já, já!

D. ANS. Estando yo contigo no debes tener miedo de nada, ni de nadie... ¡Otra copita!

PEP. ¡Venga! (La apura de un trago.)

ESCENA XII

DICHOS y ALBERTO por el foro izquierda, portal

ALB. (Durante su monólogo acciona exageradamente y va y viene por la escena.) No hay duda... han entrado aquí, y suben la escalera... Ocurre alguna cosa y es importante... Tanto empeño en que las acompañara, y no bien terminamos la primera visita, me despiden con un pretexto fútil, citándome en el hotel del padrino. Yo me escamo... emprendo tras ellas, y echando los bofes, venimos á esta casa... ¡A esta casa, en la que precisamente tiene Agapito su guarida! ¿Sabrán algo? ¿Sospecharán?... ¡Imposible! (Meditando un momento.) ¡Ah! ¡Qué rayo de luz!

PROT. (Aparte, observando á Alberto.) ¿Si estará tocao este cabayero?

ALB. El doctor Lanceta vive también en la casa... Es posible que doña Paz, seducida por sus ofrecimientos, haya decidido ponerse en cura, y dada mi oposición, quieran ocultarme sus manejos. . Tendría gracia que el imbécil acertase, por casualidad, y...

PROT. ¿Qué se le ofrece á ustez?

ALB. (Sin hacerle caso.) Ya que me encuentro aquí, aprovecharé la oportunidad para poner al corriente á Agapito del resultado de mi entrevista con *La Ciclón*; bueno es que sepa...

PROT. (Aparte.) Y además de guillao, debe ser tiniente. (Alto y gritando.) ¿Que qué se le ofrece á ustez?

ALB. (Fijándose en Protasio.) ¿Eh?... ¡Ah, sí!... ¿El inquilino del cuarto bajo, el señor Heredia, está?

PROT. (Aparte.) ¡Caracoles! (Alto.) No, señor.

ALB. ¡Me choca!

PROT. Se pasa mucho tiempo sin que le veamos.

ALB De todos modos hoy debía haber venido.

PROT. (Alarmado.) ¿Dice ustez que hoy? (Aparte.) ¡Valiente belén se armaba!

ALB. Sí, y de fijo, no tardará. En cuanto venga, hágame usted el favor de darle el siguiente recado de su amigo Morales. (Marcando mucho las palabras.) La muda está en casa del Galeno. El *Ciclón*, más temible que nunca, se aproxima. ¡Centinela alerta! ¿Ha entendido usted?

PROT. (Aparte.) Ni jota. (Alto.) Descuide el señorito.

ALB. (Aparte.) No debo continuar aquí... cuando ellas bajen... desde la esquina acecharé... (Alto.) Portero, que no se le olvide. La muda.

PROT. Al pie de la letra. (Vase Alberto foro izquierda, portal) ¡La muda! ¡El ciclón! ¡Y la Galerna!... menudo pisto pa acordarse... En veinte años de portería no me han dao tanto que hacer como hoy.

VOZ (Dentro, en la escalera.) ¡Protasio!... ¡Protasio!... (La voz dentro habla de un modo ininteligible.)

PROT. ¡Ya se ha atrancao otra vez el carretero! (Gritando al pie de la escalera.) ¡Voy! (Va á la portería, coge unas llaves y cierra.) Pus anda, que si al don Agapito se le ocurre venir, no quió pensarlo... ¡Si no se pué tratar con los burgueses! (Vase por la escalera)

PEP. (Cada vez más alegre y desenvuelta.) ¡Calle ustez, hombre!... ¡ni que yo fuera mema!

D. ANS. ¡Créeme!

PEP. ¡Já! ¡já! ¡já! No sea ustez posma y deme de ese vinillo que se cuela sin sentir.

D. ANS. El de los dioses quisiera yo tener para escanciártelo. (Le echa una copa que Pepa apura de un trago. Asunción sale foro derecha portal, mira en el portal y en la portería como buscando á Protasio; se acerca á la escalera y suponiendo que no le ve, se pone en jarras y hace ademanes de desesperación, entrándose otra vez en la tienda.)

PEP. ¡Já! ¡já! ¡já! ¡Olé por la gente de rumbo! (Desde este momento se va acentuando la borrachera y habla entrecortando las frases.)

D. ANS. ¡Olé por las mozas alegres!

PEP Eso... eso... alegría... mucha alegría... Tú... no me conoces... bien .. pero... ya te irás... enterando...

D. ANS. (Aparte) ¡Ya me tutea!... ¡Esto promete! ..

PEP. Yo tengo... más sonatas... que un manubrio... y el que... me quiera... tié... que bailar... al son.... que yo toque... ¿comprendes?...

D. ANS. Por tí, bailo yo en la cuerda floja.

PEP. Pus... echa vino, Tordillo.

D. ANS. Ahí va. (Sirviéndole. Aparte.) ¡Uy, Tordillo!

PEP. (Fijándose mucho en la copa) ¿Pa... quién son... dos copas?...

D. ANS. ¿Cómo dos?

PEP. (Señalando la misma copa.) ¡A ver!... Una y... una... (Apura la copa de un trago; después se queda mirando fijamente á don Anselmo.) ¿Sabes que toavía tiés en la barba... tres... pelitos negros?...

D. ANS. (Aparte, muy alegre.) ¡Todo lo ve doble!

PEP. ¡Venga Champán!

D. ANS. A escape. (Levantándose.) ¡A los brindis! ¡A las expansiones! (Buseando las botellas) ¡No está! ¡El bestia del mozo se ha olvidado de traerlo!

PEP. Ese... ese... es un bulo.

D. ANS. Tienes razón, un mulo.

PEP. Lo que digo es que... eres un viejo roñoso... ¿Verdá, tú? (Como dirigiéndose á otro personaje imaginario)

D. ANS. Te prometo...

PEP. Ná... de promesas... ¡Champán! Ahora quió yo... ¡Champán! ó salgo... de naja... y te diviertes con la mona... del Retiro... ¡Champán!...

D. ANS. Bueno, le tendrás. Si es necesario, yo mismo le traeré.

PEP. Choca... Así se hace. ¿Verdaz, tú? (Repitiendo el juego anterior.)

D. ANS. No te impacientes y espera un momento, vuelvo enseguida lleno de esperanzas y de botellas... (Coge el sombrero que se coloca de medio lado, lanza á Pepita una expresiva mirada acompañada de un ademán apasionado y se dirige á la

puerta del cuarto que entreabre. Pepita tararea por lo bajo aompañándose con golpes sobre la mesa. Mirando al portal y llamando á media voz.) ¡Protasio! ¡Protasio! (Saliendo, cerrando la puerta y acercándose á la puerta foro derecha.) ¡Protasio! (Acercándose á la portería.) ¡Va á enterarse todo el mundo! Iré yo mismo. (Señalando al cuarto donde está Pepita.) ¡Está dislocada!... ¡Si tengo una mano izquierda!... ¡Vamos por las mulillas! (Vase por foro izquierda portal.)

PEP. (Cantando á media voz.)

Al hombre que sale malo
meterlo en una maleta,
llevarlo al Monte é Piedá
y romper la papeleta.

¡¡Champán!! que se me seca la boca... (Trata de levantarse y cae á plomo en la silla.) ¡Cataplúm!.. ¡Los muebles... se columpian!... ¡Los ojos me hacen chirivitas!... ¡A ver, tú!... Físico... tómame el pulso... pa algo me ha de servir tener médico... de cabecera... ¡Já! ¡já! ¡já! (Levantándose con mucho trabajo.) Pero... ¿Dónde te has metido... Dotor...? ¿Me habré achispao? ¡já! ¡já!... ¡Tié salero!... (Cantando.)

Al hombre que sale malo...

¡Olé por las mujeres templás! ¡Dotor... Físico!... Oye... ¡Já! ¡já! ¡já!... (Vase haciendo eses por la puerta foro izquierda.)

ESCENA XIII

AGAPITO, enseguida HERMINIA

AGAP. (Saliendo.) De fuera vendrá quien de casa nos echará... Salen, entran, comen... se emborrachan, y Herminia sin venir. ¿Habrá parado el golpe Alberto convenciéndola? ¡ojalá! (Bostezando.) Entre los pasteles y el aperitivo de asistir en clase de mirón á la cuchipanda, mi estómago da unas voces... (Mirando en la mesa.) Restos del naufragio... ¡Oh, fortuna! La Providencia en forma de langostinos. (Come.) ¡Bueno! Y el doctor volverá pronto...

A esa, con la papalina no es posible echarla... (Herminia, que pocos momentos antes ha aparecido por el foro izquierda, portal, se dirige resueltamente á la puerta del cuarto de Agapito y da un campanillazo que hace saltar violentamente á Agapito, quedándose después petrificado, con una cabeza de langostino en la boca.) ¡Estalló la bomba! ¡Ahora si que no cabe duda! ¡Esa es la dulce y seráfica Herminia! (Abre la puerta, ocultándose detrás, y cuando ha pasado Herminia, la cierra. Tan pronto como entra en el cuarto ella, sale la portera por foro derecha portal.)

ASUN. (Saliendo.) Me paece haber oído un campanillazo .. (Viendo que no hay nadie en el portal, se vuelve á la tienda.)

HERM. (Entra violentamente en el gabinete seguida de Agapito; derriba una silla, tira los floreros que habrá sobre una consola, y al dar la vuelta, se encuentra frente á frente con Agapito, se detiene un momento, yéndose luego á él, que retrocede.) ¡Infame! ¡Infame! ¡Infame! ..

AGAP. (Dejándose caer de rodillas y dándose golpes de pecho.) *¡Mea culpa! ¡Mea culpa! ¡Mea culpa!* (Herminia se cruza de brazos delante de él. Agapito se levanta.) Escúchame un momento, todo tiene en este momento su explicación, hasta lo inexplicable.

HERM. (De pronto arremete contra Agapito, que retrocede asustado.) ¡Falso! ¡Sinvergüenza! Dejarme allí sola, abandonada como una maleta que se olvida... (Se deja caer en una butaca, marcando solamente sacudidas nerviosas.) ¡Ay!... ¡ay!... ¡ay!... La con... la con... ¡Brrr!... ¡Brrr!...

AGAP. (Aparte. Acudiendo á sujetarla.) ¡Primera estación! (Alto.) Tranquilízate... suspende tus descargas... hasta oir mis descargos...

HERM. (Levantándose de repente y paseándose.) ¡Esto no puede quedar así!

AGAP. ¡Y no quedará! ¡Qué ha de quedar! ¡Oyeme!

HERM. (Parándose, cruzando los brazos y dando con el pie impaciente en el suelo.) Habla.

AGAP. Recuerdo que aquel día aciago, salí á comprarte *marrons glacés*. Iba contento y dichoso, cuando, de improviso, recibí una noticia

horrible... Mi abuela, mi desgraciada abuela había muerto y me llamaba á voces. ¿Has tenido tú abuela?

HERM. ¡Mentira! ¡Mentira! ¡Mentira! (Perdiendo la paciencia.) ¡Calla, trapalón! ¡Que me enciendes la sangre! ¡Agua! ¡Agua! (Va á la mesa, y al coger un vaso se fija en lo que hay sobre ella, dirige la vista alrededor y ve también el bolso de Pepa que presenta á Agapito.) ¿Y esto? ¿Y esto?... ¡Dos cubiertos! Un ridículo de mujer.

AGAP. (Aparte.) ¡De Pepita!

HERM. ¡Aquí! ¡Donde me esperabas! ¡Con otra! ¡Bribón! ¡Monstruo! (Cae con una violenta convulsión sobre la butaca de la izquierda, cerca de la puerta de entrada al gabinete. Agapito se esfuerza en sujetarla, recibiendo golpes que le descomponen el traje.)

AGAP. ¡Los nervios! ¡los nervios! ¡el cataclismo! ¿Quién sujeta el torrente desencadenado?

ESCENA XIV

DICHOS y ALBERTO, foro izquierda portal

ALB. El doctor se ha marchado hace tiempo, y, sin embargo, esas no bajan. La Ciclón ha entrado y no sale .. ¿qué ocurre? Agapito tiene que estar. (Va á la puerta del cuarto y llama.)

AGAP. Debe ser el médico. (Va á la puerta y mira por el ventanillo) ¡Alberto! ¡Mejor que mejor! (Abre, coge á Alberto, y cierra precipitadamente.) Entra. (Arrastrándole al gabinete.)

ALB. Vengo á decirte...

AGAP. (Señalando á Herminia) Mira.

ALB (Queriendo escapar.) Vuelvo.

AGAP. (Sujetándole.) ¡No me abandones! ¡Por las once mil vírgenes! (Herminia continúa con una fuerte convulsión nerviosa.) Yo ya no tengo fuerzas, agarra ese brazo. (Agapito se agarra al brazo derecho de Herminia y Alberto al izquierdo.)

ALB. ¡Maldita sea tu estampa! ¡¡Trapisondista!!

AGAP. ¡No tolero insultos en esta situación! (Zarandeados ambos por los movimientos convulsivos de Her-

minia, Agapito se echa sobre Alberto y éste se figura ser agredido por Agapito.)

ALB. ¿Qué es eso? ¡Me amenazas! ¡Te rompo el bautismo! (Amenazando á Agapito, pero sin soltar el brazo de Herminia.)

AGAP. No, hombre, no; es el brazo que me empuja. (Otro movimiento de Herminia los separa.)

ALB. ¡¡Mi mujer y mi suegra están aquí!!

AGAP. (Aterrado.) ¿Aquí? (Suelta el brazo de Herminia, que en uno de los movimientos le sacude una sonora bofetada.) ¡Uy! (Echándose mano al carrillo y volviendo á sujetar el brazo de Herminia. A Alberto.) ¡¡Alguna imprudencia que tú habrás cometido!!

ALB. ¡El imprudente eres tú! (Otro movimiento de Herminia lanza á Alberto sobre Agapito.)

AGAP. ¡Oye! ¡oye! . Poco á poco, que te... (Amenazándole.)

ALB. No, hombre, no; si es el brazo...

AGAP. ¿Pero dónde están?

ALB. En casa de don Anselmo.

AGAP. (Tranquilizándose.) ¡Ah! aun así, muy cerca...

HERM. ¡Ay, ay, ay! (Cesan los movimientos convulsivos y se desmaya.)

ALB. Cede el ataque.

AGAP. Se desmayó. (Anonadado.) Yo voy á hacer lo mismo.

ALB (Tirando del dedo cordial de Herminia.) Agua, vinagre... sal...

AGAP. ¿Una ensalada?

ALB. No, hombre; que salgas de tu abstracción y te muevas. (Alberto moja en agua una servilleta que aplica á las sienes de Herminia. Agapito coge una botella y se la aproxima á la nariz.)

ESCENA XV

DICHOS, PILAR y DOÑA PAZ por la escalera. Bajan las dos en estado de violenta excitación

PILAR Ya está todo descubierto. (Señalando la puerta del cuarto de Agapito.) Esa es la cueva de los bandidos. (Doña Paz se lanza á la puerta y da un fuerte campanillazo.) Hay que pillarlos...

ALB ¡Llaman!

AGAP. Mira, si es el doctor Lanceta, vendría oportunamente.

ALB ¿El doctor?

AGAP. Ya te explicaré. Anda. (Alberto va á la puerta, mira por el ventanillo, y retrocede aterrado al gabinete.)

ALB ¡¡Ellas!! ¿Qué hacemos?

PILAR (A doña Paz.) Han abierto la mirilla.

AGAP. (A Alberto.) No abrir. (Doña Paz da un campanillazo más fuerte que el anterior.)

ALB ¡Van á echar la puerta abajo!

AGAP. (Como asaltado por una idea repentina.) ¡Ayúdame! (Entre él y Alberto, y después de grandes esfuerzos, cogen á Herminia, uno por los brazos y otro por las piernas, tardando en esta operación el tiempo preciso para dar lugar al diálogo entre las señoras y la portera.)

PILAR No contestan, más fuerte. (Agarrándose ella á la campanilla y dando un tercer campanillazo aun más fuerte.)

ESCENA XVI

DICHOS y ASUNCIÓN, por foro derecha, portal

ASUN. ¡Vaya un alboroto! ¿Por quién preguntan?

PILAR ¿Don Agapito Heredia?

ASUN. (Aparte.) La señora que espera. (Alto.) Está en casa. (Movimiento marcado de satisfacción en Pilar y doña Paz.) No se molesten ustés en llamar, porque yo abriré. (Saca la llave de la faltriquera y abre la puerta.

AGAP. (Que con Alberto ha conducido á Herminia con gran trabajo, tropezando en los muebles, etc., y en este momento llegan á la puerta del foro izquierda. A Alberto que trata de entrar.) ¡Ahí no, que hay otra!

ALB. (Asombrado.) ¡¡Otra!! (Entran á Herminia por la puerta del foro derecha. Tan pronto como desaparecen Pilar y doña Paz, entran y se lanzan al gabinete. Asunción cierra la puerta y vase foro derecha, portal.)

PILAR (Fijándose en la mesa del centro) ¡Aquí se estaba celebrando una orgía! (Doña Paz ha recorrido el gabinete en todas direcciones inspeccionándolo todo; recoge del suelo ó donde se halle, el bolso de Pepita que

Herminia tiró anteriormente y lo presenta á su hija con ademán dramático.) ¡¡Una prueba más!! ¡Vamos á registrar la casa!... (Entran las dos por la puerta lateral derecha; queda la escena sola un segundo. Salen Pilar y doña Paz por la misma puerta, llevando siempre doña Paz el bolso más el sombrero de Agapito y manifestando ambas cada vez mayor excitación.) ¡Nadie! (Doña Paz seguida de Pilar entra precipitadamente por la puerta del foro izquierda; cuando han desaparecido, sale Alberto por la puerta foro derecha, llevando en brazos un maniquí vestido exactamente como Pepita: parece rendido por el peso de la carga. Detrás sale Agapito llevando igualmente otro maniquí vestido exactamente como Herminia; pero sin sombrero, parece todavía más rendido que Alberto por el peso. Alberto atraviesa la escena sale al pasillo y desaparece por el foro de este. Agapito le sigue; al llegar al centro de la escena tropieza con un mueble dejando medio caer el maniquí, se detiene un instante; pero escuchando hacia el foro carga nuevamente con la figura y con gran trabajo, desaparece también por el pasillo.)

ESCENA XVII

DICHOS, DON ANSELMO y PROTASIO. Pilar y doña Paz que lleva en una mano el sombrero de Agapito y el de Herminia y en la otra, el bolso de Pepita, salen por el foro derecha atravesando la escena y desapareciendo por el pasillo en seguimiento de Agapito y Alberto; simultáneamente aparecen Protasio por la escalera y don Anselmo por el foro izquierda, portal

D. ANS. ¡Debe estar desesperada!

PROT (Asombrado al verle.) ¿Ha salío el señor?

D. ANS. Abra usted inmediatamente. (Protasio se precipita á abrir la puerta.) Si hubiera usted cumplido con su deber... (Entra directamente al gabinete seguido de Protasio que, gorra en mano, trata de excusarse dejando la puerta abierta.)

PROT. Me han llamao, señor, y era cosa urgente...

D. ANS. ¡Basta! ¡Basta! (Alberto y Agapito cargados con los maniquís, salen jadeantes por la puerta foro izquierda. Alberto se dirige á Protasio y le suelta la figura

en los brazos. Agapito hace otro tanto con don Anselmo.)

ALB Tenga usted eso.

AGAP. Ahí queda eso. (A Alberto.) Ven. (Salen ambos precipitadamente al portal y á la calle por donde desaparecen. Don Anselmo y Protasio quedan en actitud cómica de estupefacción. Pilar y doña Paz salen también jadeantes por la puerta foro izquierda, dirigiéndose resueltamente Pilar á Protasio y doña Paz á don Anselmo.)

PILAR ¡¡Niégamelo!!

PAZ (Metiendo materialmente por los ojos de don Anselmo el rídiculo y los sombreros y acompañando la acción con gruñidos. Protasio y don Anselmo se quedan aún más asombrados, así como Pilar y doña Paz al encontrarse con ellos. Exclamaciones. Animación.—Cuadro.)

TELÓN RAPIDO

ACTO TERCERO

Sala despacho en casa de Alberto. Muebles adecuados, cuadros, armas, tapices, bronces, etc., etc. Dos puertas al foro; la de la derecha conduce al recibimiento, la de la izquierda se supone que comunica con el interior. En lateral derecha una puerta, en lateral izquierda dos. En el foro, entre las dos puertas, botón de timbre eléctrico; muy visible, á la derecha de la puerta del mismo lado, la llave de la luz eléctrica, que debe jugar directamente. Entre la primera y la segunda del costado izquierdo, mesa de despacho, sobre ella botella grande con agua, azucarero y frasco de azahar.

ESCENA PRIMERA

DON ANSELMO, PROTASIO y la DONCELLA. Al levantarse el telón cada uno tiene en la mano una taza de tila que está removiendo

D. ANS. (A la Doncella.) ¿Habrán hecho ustedes más tila, eh?

DONC. Tres cafeteras de las mayores, si no hay bastante...

D. ANS. Creo que sí... La tila generalmente es como la espada de Bernardo; pero administrándola en grandes cantidades... (Aparte.) estraga el estómago. (A Protasio.) ¿Tiene esa azúcar?

PROT. No, señor.

D. ANS. Entonces ¿qué está usted disolviendo? (Protasio echa azúcar en su taza. A la Doncella.) Venga el azahar. (La Doncella le da el frasco del azahar,

del que vierte en las tres tazas.) Cargaremos la mano, así como así el azahar deja buen gusto. (A la Doncella dándole la taza.) Una para la señorita y otra para la señora mayor. (Deteniendo á la Doncella que se va á marchar.) Que las beban á cucharadas, dejando entre una y otra el espacio de dos minutos para que...

DONC. Tarden más...

D. ANS. (Aparte.) Qué penetración tiene esta chica. (Alto.) No; para que el medicamento haga su camino.

DONC. Bien.

D. ANS. Dos minutos ó tres.

DONC. (Entrando por la segunda puerta izquierda con las dos tazas de tila.) Van á tomar más aire que tila. (Vase.)

D. ANS. (A Protasio.) Usted lleve esa taza á la señora que está ahí. (Señalando á la puerta de la derecha.)

PROT. (Asustado.) ¿Que lleve?...

D. ANS. ¿No me ha entendido usted?

PROT. Al golpe. . pero... es que como la dan esos arrechuchos..:

D. ANS. Entre usted sin temor, no son más que los nervios...

PROT. Ya, ya...

D. ANS. Ande usted.

PROT. (Dirigiéndose á la derecha.) Milagrito será que no tengamos fiesta. (Vase.)

ESCENA II

DON ANSELMO.

Y yo me las entenderé con Pepita que lleva trazas de hacer incuestionable la necesidad del tercer depósito. (Cogiendo la botella.) Naturalmente, al condensarse los vapores del vino... se resuelven en agua. Aprovechando la coyuntura la impondré de cómo me debe ayudar á salir del atolladero, si es lista, y lo es porque comprendió mis señas, cerró su boca y se ha prestado á venir tranquilamente. Otro en mi lugar hubiese dicho ¡ahí

queda eso!... error de los errores, mi presencia puede ser conveniente, dado el caso probable de que pasado el primer pronto doña Paz y Pilar pretendan aclaraciones imposibles hasta que Agapito y Alberto, que deben tener la clave del enigma, no parezcan, y de común acuerdo veamos la mejor manera de escurrir todos el bulto. ¡Pero señor, que la tontería inocente de convidar á una chica bonita á .. nada en resumen, á un piscolabis... llegue á traer tal cúmulo de consecuencias! Los hombres casados no tenemos libertad para nada, absolutamente para nada. (Vase por la primera izquierda.)

ESCENA III

PROTASIO, después DON ANSELMO

PROT. (Con señales de haber recibido encima el contenido de la taza de tila.) Te las ganao, Protasio, te han humedecío con un chaparrón de tila... y si no sales por pies te arrean con el plato, la taza y la cuchara... Esa señora tié los brazos como un ventilador elétrico. (Secándose con el pañuelo.) No sabe más que preguntar por Agapito y dale con que ha venío aquí por que le han dicho que estaba Agapito, y... que se limpie Agapito si se figura que se va á divertir conmigo y que se limpie... El que se ha de limpiar soy yo. (Secándose.)

D. ANS. (Saliendo.) ¿Qué? ¿ha tomado el cocimiento?

PROT. ¡Quiá! pero yo no he desperdiciao ni gota.

D. ANS. Por lo visto sigue con los nervios de punta.

PROT. De punta y de tacón. Miusté que cuando la traje en el coche con la seña Duquesa, paecía aquello el Congreso en sesión solene.

D. ANS. ¿Se pelearon?...

PROT. ¡Anda!... las dos oradoras han estao á punto de acabar el mitin con arañazos... más de dos veces, si yo no impongo el orden... (Agitando los brazos como para pegar.) á fuerza de campanillazos... La de los nervios le decía á

la otra, á la señá Duquesa: (Imitando las voces.) Usté ha comío allí, no pué usté negarlo... Pus...ni que lo hubiera ustéz pagao, señora... Es que yo tengo derechos... Pus ya están torcidos... Eso se verá .. ¡Ay, qué risa!... ¡Orden, orden... y después se llamaron como una porción de animalitos!...

D. ANS. Aquí hay un error que muy pronto se aclarará. Bueno, ahora vuelva usted inmediatamente á casa.

PROT. ¿A casa?...

D. ANS. Sí, y esté al cuidado de lo que ocurra, sobre todo en la habitación de la catástrofe, trayéndome enseguida cualquier aviso, carta ú objeto que lleven sea para quien sea.

PROT. ¡A casa!... ¡esa es otra!...

D. ANS. ¿Qué?

PROT. Ná, que también me aguarda allí otro mitin. Como la Asunción me vió primeramente con el bólido que me soltaron encima y luego entrar con las dos en el coche, me ha ofrecío pa la vuelta varios regalos... que yo entiendo...

D. ANS. Dígale usted que todo lo hace por servirme.

PROT. No me sirve.

D. ANS. Ya verá usted cómo se equivoca.

PROT. No se equivoca, no, siempre da donde más duele.

D. ANS. Vaya usted....

PROT. (Marchándose foro derecha y aparte.) Del primer encontronazo voy al tendido. (Vase.)

ESCENA IV

DON ANSELMO. Enseguida PILAR

D. ANS. ¡Otra víctima! Unos buscan lo que no encuentran... y otros encuentran lo que no buscan.

PILAR (Saliendo por la segunda puerta izquierda.) ¡Gracias á Dios!... parece que se queda un poco más tranquila.

D. ANS. (Aparte.) Desgraciadamente.

PILAR Amigo don Anselmo: yo siempre le he con-

siderado á usted como una persona formal, de conducta intachable, de honradez acrisolada... ¿No es usted así?...

D. ANS. Aunque parezca impropio en mí, siquiera por modestia, conformarme con ese juicio, forzosamente he de reconocer que es una fototipia de mi persona.

PILAR Pues bien, cual cumple al que se encuentra adornado de tan hermosas cualidades, es preciso que me diga usted toda la verdad, por dura y amarga que sea.

D. ANS. ¿Cómo es eso? ¿Puede usted ni pensar tan solo que, á no equivocarme, sea yo capaz de decir una cosa por otra? Diagnostiqué y sostengo que su mamá de usted sufre una *hiperescitación psíquica* y la quietud, el reposo, la tranquilidad, el silencio....

PILAR Perdone usted, y no se moleste en seguir adelante, porque no me refería á eso, sino á lo ocurrido en el cuarto bajo de la calle del Pez.

D. ANS. ¡Ah! ¿Y cómo quiere usted que yo sepa?...

PILAR Porque usted tiene parte en la trama, estoy segura.

D. ANS. ¡Por Dios, Pilarcita, vea usted que mi seriedad, esa aureola en que hace poco me envolvía usted, padece con semejante acusación!

PILAR Padecerá todo lo que usted quiera; ¿pero puede usted negarme que tenía en sus brazos una mujer desmayada y el portero otra?

D. ANS. ¡Cómo voy á negarlo!

PILAR ¿Y quién es esa mujer?

D. ANS. Según usted dijo, la modelo de su esposo.

PILAR Pregunto por la otra, por la que usted sostenía.

D. ANS. Lo ignoro.

PILAR ¿Y cómo se encontraba usted en aquella habitación?

D. ANS. Subía á mi casa, oí gritos y acudimos...

PILAR ¿Y cuando entraron ustedes estaban las señoras desmayadas?

D. ANS. No.

PILAR ¿Salieron entonces?

D. ANS. Sí.

PILAR ¿Salieron ellas solas y desmayadas?...

D. ANS. No.

PILAR ¿Las llevaba alguien?

D. ANS. Sí.

PILAR ¿Quién?

D. ANS. Dos sombras que huyeron.

PILAR ¿Dos?

D. ANS. Dos.

PILAR ¿Pero esas dos sombras las producirían dos cuerpos?

D. ANS. Naturalmente.

PILAR ¿Y esos cuerpos serían de hombres?

D. ANS. Quizá.

PILAR Esos hombres, ¿quiénes eran?

D. ANS. No pude conocerlos... atolondrado por la avalancha que me cayó encima y por los gritos.

PILAR ¿Qué gritos?

D. ANS. Los de las mujeres, ya lo dije antes.

PILAR ¿Pero las mujeres gritaban?...

D. ANS. No... es decir... sí

PILAR ¿Cómo, estando desmayadas?

D. ANS. Pues como se grita... así... (Dando gritos agudos.) Y que le den á usted un juzgado de instrucción... ¡caramba!

PILAR ¿Lo vé usted? Hay puntos negros, muy negros, sobre los que usted no puede ó no quiere contestar.

D. ANS. Porque no soy Dios, que lo debe saber todo.

PILAR Evasivas. Yo he encontrado en poder de mi marido una carta que seguramente no era para la modelo, pues á ella no iba dirigida, y además, al querer citarla, ninguna necesidad tenía de escribirle, luego era para otra, sin duda la otra que allí estaba y fué sin recibir el aviso, quizá porque de sobra conocía la casa. Los que perseguimos mi madre y yo debían ser Agapito y Alberto, únicos á quienes interesaba huir de nosotras, y al reemplazarlos usted y el portero, ó usted lo sabía ó los debió conocer. En consecuencia, es usted cómplice ó encubridor.

D. ANS. ¡Dale!...

PILAR ¡Hombres! ¡hombres! todos se ayudan, se fa-

vorecen; ¡no hay cuidado que se perjudiquen!... Negar hasta la evidencia unos por otros, negar, y así es difícil pillarles en un renuncio.. pues veremos ahora.

D. ANS. ¿Qué piensa usted hacer?

PILAR Procurarme la verdad á toda costa, y puesto que con tal fin hemos traido á esas mujeres, mientras llega la ocasión de que se expliquen delante de los otros, que se expliquen con usted.

D. ANS. (Aparte.) ¡Atiza! (Alto.) ¿Un careo?

PILAR Un careo, sí señor.

D. ANS. Considere usted... Está usted muy excitada... quizá febril. (Tomándole el pulso.) ¡Qué pulso!... ¡Ea, ea! si mi autoridad de médico no es un mito, ordeno que se acueste usted inmediatamente... recetaré un calmante. (Aparte.) Opio, (Alto.) y yo me encargo de sustituir á usted en sus pesquisas, ofreciéndole..

PILAR ¿De verás? Muchas gracias por su interés; pero el que no tiene coco no tiene miedo. (Dirigiéndose á la puerta de la derecha y abriendo.) ¡Señora! ¡Señora! (Yendo á la primera izquierda.) Hágame usted el favor de salir.

ESCENA V

DICHOS, PEPITA y HERMINIA

PEP. (Aparte, saliendo por la primera izquierda.) ¡Vamos, ya han abierto el chiquero!

HERM. (Por la derecha marcando sacudimientos nerviosos.) ¿Ha venido? ¿Dónde está? ¿Ha llegado la hora de sacarle los ojos á ese tunante?

PILAR Tranquilícese usted.

PEP. (Aparte.) Me güele á chamusquina.

HERM. (A D. Anselmo, que se separa de ella alarmado por sus movimientos bruscos.) No haga usted caso, estos movimientos son naturales en mí, soy algo nerviosa...

PILAR Doy á ustedes gracias por haberse tomado la molestia de venir para aclarar lo sucedido.

HERM. (Dirigiéndose á Pepita.) Eso, que cada una quede en su sitio; claridad, mucha claridad.

PEP La elétrica.

PILAR (A Herminia.) Vamos á ver, ¿conoce usted á este caballero?

HERM. De vista.

PILAR ¿Cómo?

HERM. Porque al volver de mi desmayo me abrazaba de lo lindo.

D. ANS. El peso... las sacudidas...

PILAR ¿Y nada más?

HERM. Ya se hubiera guardado muy bien.

PILAR Quiero decir que si no se conocían anteriormente.

HERM. No, señora.

PILAR (A Pepita.) ¿Y usted?...

D. ANS. (Aparte.) *Confiteor Deo.*

PEP (Después de mirarle fijamente.) Ni ganas.

D. ANS. (Suspirando con satisfacción.) Exacto.

PEP. Con esta y otra serán dos las veces que le vea.

D. ANS. (A Pilar.) ¿Se convence usted?

PILAR Al contrario, me afirmo más y más en mis suposiciones. Puesto que el señor no juega en el asunto, cada una de ustedes iría á aquella casa buscando á otra persona.

HERM. Yo lo he dicho antes.

PILAR (A Pepita.) ¿Y usted?

PEP. Pus... iba también á tratar otro asunto con el mismo sujeto.

PILAR Imposible... Una de ustedes falta á la verdad, porque no cabe en cabeza humana que un hombre cite á dos mujeres en el mismo sitio y á la misma hora.

HERM. ¡Ay, eso sí! Agapito es capaz de traer en danza á veinte.

PEP. Ni Muley Habas.

PILAR En aquel cuarto había otro hombre á quien se quiere salvar del compromiso, y es mi marido.

HERM. Yo no sé quién es su marido.

PEP. Una persona mu cabal, y lo que digo es que allí no estaba ni por el forro.

PILAR Pruebas. (A Herminia.) ¿Quién la conducía á usted?

D. ANS. ¿Pero cómo lo van á saber si habían perdido...?

PILAR Silencio.

HERM. A mí, Agapito, porque me desmayé á su lado.

PILAR ¿Y á usted?

PEP. ¿A mí? Pus Agapito, porque me dió el arrechucho á su lado.

PILAR Con las dos .. (Indicando el llevarlas.) no puede ser.

D. ANS. Depende de las fuerzas de Agapito.

PILAR (A don Anselmo.) ¿Usted vió dos sombras?

D. ANS. Acaso las gafas...

HERM. La que debe estar en más pormenores es la señora .. (Por Pepita.)

PEP. Lo dijo Blas...

HERM. ¡A ver! Llegó la primera y estuvo de juerguecita...

PEP. A ustez se le han indigestao los comestibles.

HERM. Y á usted otra cosa.

PEP. A mí... Prim.

D. ANS. ¡Calma!

PILAR (A Herminia.) ¿Usted con quién habló?

HERM. Con Agapito.

PILAR (A Pepita.) ¿Usted con quién comió?

PEP. (Recalcado.) Con Agapito.

PILAR (A Herminia.) Cuando usted llegó... (A Pepita.) ¿Con quién estaba usted?

HERM. Con Agapito.

PILAR (A don Anselmo.) ¿Quién es el inquilino de aquel cuarto?

D. ANS. Agapito.

PILAR (A Herminia.) ¿Quién le abrió á usted la puerta?

HERM. Agapito.

PILAR (A don Anselmo.) ¿No es para volverse loca?...

D. ANS. Agapito, quiero decir que...

PILAR Agapito, Agapito, siempre Agapito, como si no hubiera otro que él mezclado en el embrollo.

HERM. Si usted se empeña habría un regimiento. Y... ya me van cansando tantas explicaciones. He venido ni más ni menos que por ver á Agapito, con que dígame usted dónde está ese...

PILAR Ese caballero, no ha venido aún; pero le verá usted, también á mí me interesa...

HERM. ¡Me parece!

PILAR ¿Qué quiere usted decir?

HERM. Clarito: que debe usted ser otra víctima suya.

PILAR ¡Jesús!... ¿Con quién se figura usted que está hablando?

HERM. Con una mujer.

D. ANS. Con una señora.

HERM. De carne y hueso como yo.

PEP. (A Herminia.) ¡Oiga ustez!

HERM. (Encarándose con Pepita.) ¿Qué hay?

D. ANS. (Aparte.) ¡Caballos! ¡Caballos!

PILAR ¡Basta! ¡Basta ya! ¡Qué vergüenza! ¡Dios mío, qué vergüenza verme obligada á sufrir que me tomen por una cualquiera! No, no; renuncio á todo, renuncio á saber la verdad adquirida á ese precio. (A Pepita y Herminia.) Doy á ustedes gracias por haberse molestado y les suplico que se retiren.

HERM. ¡Cá! ¡Estaría bueno! ¿Pero no ha oído usted cincuenta veces que he venido... por lo que he venido? ¿Marcharme en seco? No se reirían ustedes poco. ¡Y no se reiría él! Le aguardo aquí... ó vamos á ver quién tiene alma para echarme...

PILAR No, no, nada de escándalos... Deseaba evitar nuevos disgustos, al no conseguirlo, prefiero que cuanto ha sucedido y suceda quede entre nosotros sin dar pasto á la murmuración. Espere usted.

PEP. Entonces aquí sobra una. Doña Pilar. Ya he soltao toó lo que sabía y como no tengo empeño en arañar á nadie me planto en la del Rey.

HERM. Tampoco.

PEP. ¿Qué?

HERM. Usted también se queda.

PEP. ¿De verdad?

HERM. Me hace á mi falta.

D. ANS. (Bajo á Pepita.) Quédate.

PEP. (Bajo.) Pero...

D. ANS. Yo le suplico á usted que acceda.

PEP (Resignándose.) Corriente.

PILAR (A Herminia indicándola la habitación de la derecha.) Haga usted el favor de pasar otra vez á ese gabinete, ya la avisaremos...

HERM. (Entrando.) No tengo prisa.

D. ANS. (Llevando á Pepita á primera izquierda. Aparte.) Entretendré á las señoras, y cuando pase un rato te marchas.

ESCENA VI

PILAR y DON ANSELMO

PILAR ¡Qué día! ¡Qué día, don Anselmo!...

D. ANS. ¡Vamos! ¡vamos!

PILAR Esto me cuesta una enfermedad.

D. ANS. Toma usted las cosas tan á pechos...

PILAR ¡Quisiera yo ver á otra en mi situación! (Lloriqueando.)

D. ANS. (Aparte.) Y yo también.

PILAR ¡Infame! ¡infame! engañarme de ese modo, fingir como actor consumado un trabajo asiduo sin duda para que viviese confiada, pagarme así la adoración que le profeso.

D. ANS. ¿Pero todavía sigue usted en la crencia de que su marido?...

PILAR ¡Ay, ojalá no estuviese convencida!...

D. ANS. A mí se me resiste pensar siquiera...

PILAR Porque usted es un hombre honrado, porque usted seguramente no engañó nunca ni con la imaginación á su mujer, porque usted es un esposo modelo...

D. ANS. Esa cabecita no está firme, quiero decir que bulle demasiado forjándose quimeras; ya verá usted... ya verá usted, todo se explicará satisfactoriamente.

PILAR Si fuera posible... Vuelvo al lado de mi madre. Ese es el único cariño verdadero del

mundo, la pobre sufre lo que no es decible más por mí que por ella y su estado me alarma. Usted también tendrá la bondad de no marcharse, le necesito como amigo y como médico.

D. ANS. Servir á ustedes es para mí obligación y placer.

PILAR Gracias! (Vase segunda izquierda.)

ESCENA VII

DON ANSELMO, enseguida AGAPITO y ALBERTO

D. ANS. ¡Lo que deben pasar los criminales!—Cada adjetivo agradable que me propina me hace el efecto de un picotazo en la conciencia. ¡No he escapado de mala!—En fin: eliminemos á Pepita antes que Agapito regrese y no se conforme con el aluvión de culpas, una indiscreción, un descuido lo echaría todo á rodar. (Dirigiéndose á primera izquierda. Un momento antes ha aparecido en la puerta del foro derecha Alberto que al ver solo al doctor hace señas á Agapito, salen ambos y se colocan cada uno á un lado de don Anselmo, este al verlos manifiesta gran alegría y dice en voz alta.) ¡Por fin! (Toda esta escena ha de decirse á media voz por todos y con grandes precauciones y misterio.)

ALB. (Muy bajo.) ¡Chitón!...

AGAP. (Idem.) ¡Silencio!

ALB. ¿Qué hay?

AGAP. ¿Qué ocurre?

D. ANS. ¡Grandes novedades!...

AGAP. Cuente usted.

ALB. ¡Vivo!

D. ANS. Las dos mujeres están aquí.

ALB. ¿Qué mujeres?

AGAP. ¿Quiénes son ellas?

D. ANS. Las de allá.

ALB. ¡¡Ah!!...

AGAP. ¡¡Oh!! (Suben cada uno á una puerta como para escuchar y bajan de nuevo.)

ALB. ¿Dónde están?

D. ANS. (Señalando las respectivas habitaciones.) La una ahí y la otra ahí.

ALB. ¿Qué hacen?

AGAP. ¿Qué dicen?

D. ANS. (Señalando con el dedo pulgar muy marcadamente á las respectivas habitaciones.) ¡Esta, brama! ¡ésta, jura!—Esta, embiste contra ésta, ésta, se disculpa con ésta, aquélla. (Señalando á segunda izquierda.) Llora.

AGAP. Esta, ¿por qué contra ésta?

ALB. Esta, ¿qué tiene que ver con ésta?

D. ANS. Esta, ésta, y aquélla han armado un embrollo gordo.—La muda ruge.—

AGAP. Es natural.

ALB. Lo suponíamos.

D. ANS. Aquella (Señalando á segunda izquierda.) cree que usted es el amante de esta.

ALB. ¿Quién es aquélla?

D. ANS. Pilar.

AGAP. ¡Anda salero!

ALB. ¡Maldito sea! (Da una patada en el suelo figurando que pisa á don Anselmo.)

D. ANS. (Gritando.) ¡¡Ay!!...

AGAP. } Tapándole la boca.) Chist... (Suben de nuevo á inspeccionar las puertas volviendo á reunirse en el centro.)
ALB. }

ALB. De todo tiene usted la culpa.

AGAP. Es usted un enredador.

ALB. Un manifácero.

AGAP. Si usted no hubiera ido allí con la una, yo me las hubiera entendido (Vacilando al señalar.) con la otra.

D. ANS. Pero ..

ALB No hay pero que valga.

AGAP. Invente usted algo.

ALB. Mienta usted.

D. ANS. ¡Más todavía! (Alzando la voz.)

AGAP. } ¡Chist!... (Salen á examinar las puertas y bajan.)
ALB. }

ALB. Nos vamos al estudio por la escalera interior.

AGAP. Allí esperamos.

ALB. (Señalando el timbre que hay entre las dos puertas del foro.) Ese timbre comunica con el estudio.

AGAP. (Indicando exageradamente la manera de tocar.) Cuando podamos bajar toca usted. Hay que echar á éstas.

ALB. Y tranquilizar á aquéllas.

D. ANS. Pero, ¡caracoles! ¿cómo me voy á ocupar yo solo?...

AGAP. (A Alberto.) Dice bien. Bueno: calme usted á aquéllas.

ALB. Nosotros sacaremos á éstas.

AGAP. Cuando el campo esté libre...

ALB. Toca usted.

D. ANS. ¿El qué?

AGAP. El timbre. (Señalándole.)

ALB. El que comunica con el estudio.

D. ANS. ¡Ya!

AGAP. Nosotros bajamos...

ALB. ¡Y nos las llevamos!... Rapidez.

AGAP. ¡Ojo!...

ALB. O nos veremos...

AGAP. Y su señora de usted sabrá lo de ésta, y lo de ésta, y lo de aquéllas...

D. ANS. Y que me hagan la autopsia.

AGAP. ¡Chist!.. (Dando ambos una patada en el suelo figurando pisar á Don Anselmo en los dos pies, lo que le arranca un grito. Vanse precipitadamente por foro izquierda.)

ALB.

ESCENA VIII

DON ANSELMO, después la DONCELLA

D. ANS. (Quejándose y hablando en voz baja.) ¡Que toque! ¡Que toque! ¡El cielo con las manos! (Alto.) ¿Conque los esperaba para que juntos salieramos de este *mare-magnum*, y me dejan en las astas del toro? ¿Sí? Pues .. ni Cristo pasó de la cruz.. ¡Fuera estorbos!... que se larguen las madamas sin ayuda de vecino. Pepita, de grado, y la otra... (Remangándose y dirigiéndose á la derecha.) aunque sea con razones...

DONC. (Saliendo por la segunda izquierda.) ¡Don Anselmo! la señorita que haga usted el favor de entrar á escape.

D. ANS. ¿Qué pasa?

DONC. La señora, que no hay quién la sugete.

D. ANS. (Entrando.) ¡Ande el movimiento!

DONC. (Marchándose por el foro derecha.) ¡Vaya que está hoy la casa que da gusto.

ESCENA IX

PEPITA, después HERMINIA

PEP. (Mirando, antes de salir, si hay alguien.) ¡Nadie! ¡La del humo!... ¿Por dónde se saldrá?... ¡Cuidao con el lío que se ha armao.... Pa mí, que si esa otra ahueca el ala... los hago un favor... con probar ná se pierde. (Acercándose á la puerta de la derecha.) ¡Eh!... ¡Amiga!

HERM. (Saliendo.) ¿Ha venido ya? (Mirando en derredor y con movimientos nerviosos.) ¡Que no se esconda... que...!

PEP. ¿Quiere usté oirme? Ni ha venido, ni creo que va á venir tampoco. La he llamao á ustez pa decirla que yo me voy y ustez debía hacer lo mismo.

HERM. Que nó. Ni una, ni otra, aunque tarde medio año.

PEP. Pus, ya que se empeña usté en eso, sepa ustez que no tengo que ver ná con su don Agapito, ni allí estuve comiendo con él.

HERM. ¿Qué?

PEP. Sí, señora, la verdad, con el que estaba y comí, fué con ese otro cabayero, el dotor, ¡ea! yo no miento nunca.

HERM. ¡Véase la clase!

PEP. Dije... lo que dije, porque el buen señor tié más miedo á su mujer que á un *cangrejo*, y como doña Pilar y su madre son amigas de ellas...

HERM. De modo que Agapito y usted...

PEP. La Cibeles y Netuno, que tien el Prado en medio.

HERM. Entonces se incomodará al ver que todos...

PEP. ¡Me parece!... Y quizá descubra el pastel...

Por eso estoy deseando largarme... ¿Conque vamos?

HERM. No. Suponiendo que sea verdad lo que usted cuenta, queda otro cabo; á estas señoras les debe interesar mucho Agapito, y basta para que á mí me interese también armarle el gran escándalo.

PEP. Ganas de perder tiempo y saliva. Sofocándose se habla demasiado y hasta puede salir una erisipela... total cero. Mejor es callarse como he hecho yo, sin perjuicio de soltar la lengua, si el don Tenorio no afloja al bolsillo.

HERM. (Vacilante.) Tiene usted razón.. pero la venganza...

PEP. ¿Le parece á ustez poco el lío que le dejamos, sobre todo escurriéndonos?

HERM. No, no, prefiero quedarme.

PEP. (Cargada y aparte.) ¡Anda y que te den dos duros! (Alto.) Pus yo voy á llamar y que me enseñen la puerta... (Buscando donde llamar, se fija en el botón de timbre del foro.) Esto debe ser. (Oprime el botón.) Ya verá ustez como se arrepiente. (Aparte.) No he podido hacer más.

ESCENA X

DICHAS, DON ANSELMO y después la DONCELLA

D. ANS. (Saliendo por la segunda izquierda á Pepita.) ¿Todavía aquí?

PEP. He querido convencer á la señora contándole todo (Con intención.) pa que nos fuéramos juntas.

D. ANS. (Aparte.) ¡Soberbio! (Alto.) ¿Y qué?

PEP. Trabajo perdido.

HERM. Yo...

PEP. (A don Anselmo.) ¿Verdad ustez que no la pesaría?...

D. ANS. Naturalmente.

HERM. ¿Y quién me asegura?...

D. ANS. Mi palabra de honor. Enterada de los hechos reales, ya comprende usted el apuro en

que me coloca una nimiedad disculpable, la de haber tenido la satisfacción de convidar á Pepita. Sea usted generosa, y le prometo que si el interesado no corresponde espléndidamente, yo...

HERM. (Mirándole con fijeza.) Bueno... sólo por usted...

D. ANS. ¿Por mí? (Mirándola embelesado y aparte.) ¡Vale más que Pepita!

PEP. ¡Gracias á Dios!...

D. ANS. Asunto concluído. Vengan ustedes. (Llevándolas hacia la puerta foro derecha.)

HERM. Que usted responde...

D. ANS. Respondo. (Aparte, fijándose.) Ya lo creo que vale... (Alto.) Dígame usted dónde vive..

DONC. (Saliendo por el foro derecha.) Señor, el portero de su casa está ahí.

D. ANS. (Aparte.) ¡Otra!... (Alto.) Allá voy. (Vase la Doncella. A Pepita y Herminia.) Vamos. (Aparte.) De ésta ya salimos. (A Herminia, á tiempo que desaparecen por el foro derecha.) ¿Conque decía usted que vive?... (Vanse.)

ESCENA XI

DOÑA PAZ, PILAR, enseguida AGAPITO y ALBERTO

PILAR (Por segunda izquierda, siguiendo á doña Paz, que sale poseída de un violento estado de agitación.) ¡Ay, mamá, me asustas!... ¡Ves como no debía haberte referido la dichosa escena!... Considera que en las acusaciones contra Agapito hay mucho de falso... Tranquilízate.... (Aparte.) ¿Dónde estará D. Anselmo?.. (Alto.) ¿Quizá yo no he sabido interrogar con maña?... ¿Quieres que en tu presencia vuelva á preguntarles? (Doña Paz afirma enérgicamente.)

PILAR Bien: pues llama tú á la modelo. (Señalando á la primera izquierda, por donde desaparece rápidamente doña Paz. Pilar entra al mismo tiempo en la primera derecha. Agapito y Alberto aparecen en la puerta del foro izquierda, asomándose con precaución.)

AGAP. No se siente una mosca.

ALB. ¡Chist!... Tú á una, yo á otra, la que caiga.

AGAP. Apaga esa luz por si acaso. (Alberto apaga la luz de escena dirigiéndose á la habitación de la derecha y Agapito á la de la izquierda.)

ALB. Apaga también la de la habitación, á la derecha está la llave. (Simulan apagar ambos y entran. Queda un momento la escena sola y vuelven á aparecer, trayendo de la mano Agapito á doña Paz y Alberto á Pilar.)

AGAP. (Aparte.) ¿Quién será ésta?

ALB. (Aparte.) ¿Quién será ésta?

PILAR (Aparte.) ¿Qué es esto?

AGAP. (Bajo á doña Paz.) Silencio y á la calle, ya se arreglará todo.

ALB. (A Pilar bajo.) Ni una palabra; ahora nos veremos.

AGAP. (Tratando de arrastrar á doña Paz que se resiste.) Vamos, que pueden venir.

ALB. (A Pilar que se resiste.) Pronto, que nos van á pescar.. (Doña Paz lanza un gruñido.)

AGAP. (Soltándola.) ¡Zapateta! ese gruñido...

PILAR (Indignada.) ¡Infame!

ALB. (Soltándola.) ¡Pilar! (Dando ambos trompicones ganan la puerta del foro izquierda, al mismo tiempo que entra D. Anselmo, seguido de Protasio, por foro derecha.)

ESCENA XII

DOÑA PAZ, PILAR, DON ANSELMO y PROTASIO

D. ANS. ¡Tinieblas!...

PILAR (Avanzando á tientas para buscar la llave de la luz, cogiendo á Protasio y arrastrándole.) ¡Marido desleal! ¡Perjuro! ¡Tengo la prueba que buscaba!...

D. ANS. (Asombrado.) ¿Eh?

PROT. ¿Eh? (Avanzando. Doña Paz, que á tientas buscaba á Agapito, tropieza con don Anselmo, agarrándole fuertemente de las solapas y zarandeándole.)

D. ANS. ¡Socorro! (Pilar da luz á la habitación.)

PILAR ¡Niega!... ¿Eh? ¡Otra vez! (Pilar y doña Paz permanecen un instante asombradas.) ¿Qué significa?...

D. ANS. Eso digo yo.
PILAR ¿Y Alberto?
D. ANS. ¡Alberto!
PILAR Era su voz.
D. ANS. ¿Qué voz? (Doña Paz ha dado algunos pasos agitadísima, dice por señas á don Anselmo que allí estaba también Agapito y que se ha escapado.)
D. ANS. (Repite cómicamente las señas de doña Paz sin comprender y mira á doña Paz y á Pilar alternativamente.) ¿Se han vuelto locas?
PROT. (Aparte.) ¡Como mi mujer!

ESCENA XIII

DICHOS: AGAPITO y ALBERTO por el foro izquierda

AGAP. (A Alberto.) Serenidad.
ALB ¡Señores, buenas tardes!
PILAR (Yendo al encuentro de Alberto.) ¡Ah! ¡por fin!.. Confiesa... (A Agapito.) Y usted también.
ALB. ¿Qué dices?...
AGAP. ¿Que confesemos?
PAZ (Al verlos ha lanzado una especie de alarido; hace grandes esfuerzos, experimenta una verdadera conmoción y rompe á hablar muy de prisa y con voz clara.) Yo lo explicaré todo claro, muy claro. (Asombro general al oir hablar á doña Paz, que cada personaje demuestra según los sentimientos que le animan.) Subimos estudio... desorden completo... encontramos carta... Reconozco letra... es de Agapito... se trata de una cita... Hay que descubrirlo... Pez noventa y dos... la casa de don Anselmo... llegamos.. ha salido... su mujer puede que sepa.. Exito redondo... Agapito Heredia, inquilino cuarto bajo... ¡A ellos!... Tirones de campanilla... Portera que abre... festín interrumpido... ¡Ciertos son toros!.. Fantasmas que huyen... captura... mujeres desmayadas... hombres sosteniéndolas... ¡Ellos son!... ¡Escamoteo!... Los sorprendidos aspecto imbéciles... Estupefacción... Preguntas... ¡Aquí todo el mundo!... Careo... ¡Em-

brollo!... Mentiras palpables... Asumo el mando... Prójimas fugadas... Obscuridad... Prójimos *infraganti*... Luz... Nueva suplantación... Límite paciencia... Yo frenética último grado.. Siento un nudo interior que quiere deshacerse y romper... Empujo... empujo... Sube... Sale... ¡Al fin puedo hablar! (Cae en una butaca.)

PILAR (Con alegría, yendo á besar á doña Paz.) ¡Habla!

ALB. (Furioso.) ¡Habla!

D. ANS. (Asombrado.) ¡Habla!

AGAP. (Consternado.) ¡Habla!

PROT. (Admirado.) ¡Lo que habla!...

PAZ (Levantándose violentamente. A Alberto y Agapito.) Ahora explícate tú... y tú...

PILAR (A Alberto.) Sí.

AGAP. ¿Yo?

ALB. ¿Yo?

PAZ Concluya el fingimiento.

ALB. No sé.. (Mirando fijamente á don Anselmo.)

AGAP. (Idem.) Ese telegrama cifrado que acaba usted de comunicarnos...

D. ANS. (Aparte.) (¡Ah! ¡Qué idea!... La salvación de todos.)

PAZ Vamos.

ALB. (Resuelto.) Pues de una vez.

D. ANS. Basta. (Se adelanta majestuosamente, mira á unos y á otros, se cruza de brazos y sonríe orgulloso. Todos se fijan en él.) ¡Este es el resultado de mis afanes!... ¡Este es el producto de mis esfuerzos!... ¡La ciencia triunfa!... ¡Viva la ciencia!

PAZ ¿Cómo?...

PILAR ¿Qué?..

AGAP. (Aparte.) ¿Por dónde saldrá?

D. ANS. La comedia representada es obra mía... hecha en colaboración con estos señores y la ayuda de las señoras que han desaparecido de escena.

PAZ ¿Comedia?

D. ANS. Alberto fingía oponerse á la curación y secundaba mis planes... (Mirando á Alberto, que asiente.) Se escribió la carta... se hizo acudir á las cómplices á la habitación de la calle del Pez, alquilada al efecto por don Agapito,

(Idem á Agapito.) se prepararon las situaciones, en suma, se llenó el polvorín; aplicamos la mecha y esperamos. Un acontecimiento grave había privado á doña Paz del uso de la palabra, otro mayor debía hacérsela recuperar... *Similia similibus.* ¡Estoy satisfecho!... ¡La ciencia triunfa! ¡Viva la ciencia!... (Dando la mano a doña Paz.) Mi más entusiasta felicitación.

ALB. (Aparte.) (¡Cómo las urde!)

AGAP. (Aparte.) (¡Estocada de maestro!)

PAZ (A don Anselmo.) Pero oiga usted, ¿y aquello otro que decía la otra?...

D. ANS. ¿Aquello?... No me pregunte usted más; todo preparado (A Agapito y Alberto.) Contéstenla ustedes...

AGAP. (Acercándose á doña Paz.) Todo preparado.

ALB. Todo preparado.

D. ANS. (Volviendo á estrechar la mano de doña Paz.) Mi felicitación.

PILAR Ahora comprendo por qué las dos aseguraban que solo Agapito era el culpable...

AGAP. ¡Las dos! .. (Aparte, mirando á don Anselmo.) ¡Ah, pillo!...

D. ANS. Naturalmente... para evitar el... los... Todo preparado. (Estrechando la mano de doña Paz.) ¡Mi felicitación!...

PILAR (A don Anselmo.) ¡Gracias, gracias!...

D. ANS. No hay de qué...

PAZ (A Agapito.) ¡Lo que he rabiado!...

AGAP. Tonta. Suponerme capaz de mirar siquiera á otra mujer, cuando todas, menos tú, amor de mis amores... *Stella matutina.*

D. ANS. (Aparte.) *(Salus infirmorum)*

PILAR (A Alberto) Haber dudado de tí, que te sacrificabas por mamá... (Estrechándole la mano.) ¿Cómo pagarte?...

ALB. ¿Quieres callar?...

PAZ (A don Anselmo.) Diga usted. ¿Y si yo no rompo á hablar? ..

D. ANS. (Aparte) (Revientas.) (Alto.) Teníamos todavía otro recurso infalible... ¡Todo preparado!...

PAZ Aun no me he tragado la píldora.

D. ANS. Ea, se acabó. (A Protasio.) Pued usted retirarse.

PROT. ¿Y qué hago con el *Chanpan* que han llevado allí? A eso venía.

D. ANS. (Aparte.) ¡Bestia!

PILAR ¿Champagne?

PAZ ¡Los pillé! ¿Para quién era eso?

D. ANS. Para nosotros. Tenía tal confianza en el éxito de mi empresa, que juzgando hablaría usted antes... dispuse que llevaran allí unas botellas para celebrar tan fausto acontecimiento. Todo preparado...

AGAP. (Aparte.) Cualquiera le pesca en un renuncio.

D. ANS. (A Protasio.) Tráigalas usted. (Vase Protasio foro derecha.)

ESCENA XIV

PAZ, PILAR, DON ANSELMO, AGAPITO y ALBERTO. Después PROTASIO

AGAP. ¡Brindaremos en albricias!

PILAR (A don Anselmo.) Usted come con nosotros.

D. ANS. Perdón; pero comer sin mi mujercita...

PAZ (A Agapito.) Aprende.

ALB. Contamos con ella.

PILAR Claro es: iremos á buscarla. ¡Alegría! ¡Alegría! (Yendo á besar á doña Paz.)

ALB. (A don Anselmo aparte.) Tenía una suegra soportable, usted me la ha hecho insoportable. Solución...

D. ANS. (Idem.) Casándose con Agapito, ¡otro talla!

ALB. (Aparte.) Es verdad (Se acerca al grupo de doña Paz y Pilar.)

AGAP. (A don Anselmo aparte.) ¿Y ahora?

D. ANS. Compensando á Herminia, es nuestra... Yo mismo para evitarle á usted... me resigno á llevar...

AGAP. Bien; ¿pero lo importante? Una esposa muda era mi sueño dorado, usted le ha destruído. Solución...

D. ANS. A escoger: doña Paz es sin duda propensa á trastornos como el que ha sufrido, y dándole

un nuevo disgusto fuerte... ó bien renunciando á la boda... con lo cual don Alberto seguirá aguantándola...

AGAP. Merece pensarse. (Aparte.) Este hombre tiene salidas para todos los gustos.

D. ANS. (A doña Paz, que habla con Pilar y Alberto accionando mucho.) Así, así; desquítese usted.

PROT. (Saliendo por el foro descompuesto; trae la cara y las manos con visibles arañazos y un ojo hinchado.) ¡Señor!... esa... la Asunción...

D. ANS. ¿Qué pasa?

PROT. Mi mujer, sube... viene...

D. ANS. ¿Cómo?

PROT. Furiosa. Cuando estuve antes... (Enseñando la cara y las manos.) Miren ustés, no se ha convencido ..

D. ANS. Yo le apagaré los fuegos.

PILAR ¡Pobre hombre!

ALB. Todos sacaremos la cara por usted.

PAZ Como él la ha sacado por ustedes.

AGAP. Pues pareceremos una resma de falsilla.

PROT. (Aparte.) ¡Los burgueses!... ¡los burgueses!... ¡perros!

D. ANS. Y en recompensa, cicatrizaré esas erosiones con la plaza de administrador.

PROT. (Inclinándose.) ¡Señor!... (Don Anselmo se acerca al grupo. Aparte y con dulzura.) ¡Los burgueses! ¡los burgueses! La verdad es que no son tan malos. Ya no quió saber na del compañero Cachucha. (Saca un gran paquete de periódicos y los rompe.)

PILAR (Como continuando la conversación que sostenían.) Sí, sí, tú.

ALB. Buena idea.

D. ANS. La ex-muda tiene la palabra.

PAZ Pero, yo...

AGAP. ¿Quién con más derecho? Ansiamos oir cuanto sea posible esa voz argentina que por tanto tiempo, ¡ay! estuvimos sin disfrutar.

PAZ (Levantándose y al público.) Sea: Silencio obligado... martirio cruel... penas... purgatorio.. lengua expedita... comenzón de hablar sin descanso... justa revancha. (Queriendo pronunciar muchas palabras á la vez y parándose de pronto.)

Me comprimo... La ocasión es solemne, el instante supremo... valor... (Rápido.) Pido gracia en fallo inapelable para autor impaciente... Si oye batir palmas... alegría inmensa... de lo contrario... disgusto horroroso... Consecuencias gravísimas... Yo... convaleciente... nuevo berrinche... muda otra vez quizá. ¡No, por Dios!... Indulgencia...

ARCHIVO LÍRICO-DRAMÁTICO
JOSÉ JORDÁN MURILLO

TELON

NOTA IMPORTANTE

Para el final del segundo acto deben confeccionarse dos maniquís que representen, lo más aproximadamente posible, las figuras de Herminia *(La Ciclón)* y de Pepa.

El movimiento escénico de este final y la relativa precipitación con que han de sucederse las entradas y salidas, para no dejar paralizada la escena, exige que las figuras sean contrahechas, pues de otro modo resultaría casi imposible á los actores realizar los diferentes movimientos yendo cargados con las actrices, debiendo cuidar, sin embargo, muy especialmente los intérpretes Agapito y Alberto el fingir cuando lleven los maniquís en brazos, que el peso de las supuestas mujeres les rinde y agobia, sobre todo Agapito que en el momento marcado ha de dejar medio caer la suya.

Para facilitar la presentación de las contrafiguras conviene hacer algunas indicaciones

de como se han vestido en el estreno de la obra.

Las actrices encargadas de los papeles de Pepa y Herminia con falda negra y blusa de color claro y distinto, y de la misma manera deben arreglarse los maniquís. Los abrigos de las respectivas actrices pueden ser los mismos que saquen las contrafiguras, puesto que hay tiempo suficiente para que se los quiten ellas y se los coloquen á los muñecos.

Para que no resulte ridícula ni muy visible la sustitución, debe cuidarse de que un maniquí, el que representa á Pepa, lleve puesto un velo, con el cual se cubra la cara y el otro vaya despeinado, tapándose igualmente parte de la cara con el cabello.

Se ruega á los actores encargados de los papeles de Alberto y Agapito la mayor verdad y naturalidad posible en cuanto se relaciona con el final del acto segundo, momento culminante de la obra.

OBRAS DE EMILIO MARIO (HIJO)

Militares y Paisanos, comedia en cinco actos.
El obstáculo, ídem en cuatro actos.
El crimen de la calle de Leganitos, ídem en tres actos. (1)
Creced y multiplicaos, ídem en tres actos. (1)
El libre cambio, ídem en tres actos.
Los Gansos del Capitolio, ídem en tres actos. (2)
El Director General, ídem en tres actos. (2)
Al mejor cazador, ídem en dos actos.
El crimen de la calle de Leganitos, ídem en dos actos. (1)
La partida... serrana, ídem en dos actos. (2)
La verdadera tía Javiera, ídem en dos actos. (2)
¡Tocino del cielo! ídem en un acto. (2)
El dinero de San Pedro, ídem en un acto. (2)
De la China, juguete en un acto. (3)
Los besugos, sainete lírico en un acto y seis cuadros, música de Valverde (hijo) y Saco del Valle. (3)
El tesoro del estómago, caricatura en un acto y tres cuadros, música de Montesinos. (3)
Las Venecianas, ensayo cómico-lírico, en un acto y tres cuadros, música de Abati y García Alvarez. (4)
Un hospital, monólogo en prosa. (3)
«*La Ciclón*» juguete cómico en tres actos.

---

(1) En colaboración con Mariano Pina Domínguez.
(2) Idem con Domingo de Santoval.
(3) Idem con Joaquín Abati.
(4) Idem con Antonio Paso.

Los ejemplares de esta obra se hallan de venta en todas las librerías.

Será considerado como fraudulento todo ejemplar que carezca del sello de la *Sociedad de Autores Españoles.*